

La correspondencia literaria se dirigirá al Director, calle de Ramos del Manzano número 42.

La correspondencia administrativa, anuncios y reclamaciones, al Administrador, á las mismas señas.

El Adelanto

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En Salamanca, un mes. 1'25 pta
Fuera de la capital, un trimestre. 4'50

Anuncios y otros insertos, precios convencionales. No se devuelven los originales.

PAGO ANTICIPADO

Número suelto 5 céntimos

DIARIO DE SALAMANCA

Número atrasado 10 cts.

Epoca 2.^a

Lunes 27 de Marzo de 1905

Año XXI.—Núm. 6.416

LA VELADA EN HONOR DE GALÁN

Llegada DE LA SEÑORA PARDO BAZÁN Y CONDE DE CASA-SEGOVIA

El sábado á las ocho y media de la noche llegaron á ésta, acompañados de los señores de la Comisión que fueron á esperarles á Medina en el coche-salón de la Compañía de línea, cedido amablemente por el director, Mr. Louis, la señora Pardo Bazán, sus hijos la bellísima señorita Blanca Quiroga y Jaime, y el señor Conde de Casa Segovia.

A Cantalapedra salió á esperar á nuestros distinguidos huéspedes el Gobernador civil, señor Guzmán, y el diputado provincial señor Viota.

A su llegada á esta fueron recibidos por el subsecretario de la Presidencia, señor Maldonado, y gran número de autoridades y representaciones oficiales de nuestra provincia y de las de Cáceres, Zamora y Valladolid.

Desde la estación trasladáronse todos al Ayuntamiento, donde el Alcalde señor Díez, presentó á la señora Pardo Bazán y al señor conde de Casa Segovia, á gran número de personalidades.

A las diez y media de la noche del sábado, el Orfeón salmantino obsequió con una serenata á la señora Pardo Bazán y acompañantes, en el Hotel del Comercio donde se hospedaban.

Los orfeonistas merecieron calurosas ovaciones de la eximia escritora que alabó el gusto y afinación de que dieron pruebas.

El día de ayer lo dedicaron á visitar las Agustinas, Irlandesas, Catedrales, Patio de Escuelas y otros varios edificios monumentales, de los cuales hacían calurosos elogios, cual cumplen á personas tan inteligentes en materia de arte, como la señora Pardo Bazán y el señor Conde de Casa Segovia.

En los Irlandeses, uno de los edificios que más han llamado la atención de nuestros distinguidos huéspedes, la señorita de Quiroga estuvo conversando en inglés con el Rector de dicho Colegio.

El señor Obispo recibió en su Palacio á las tres y media de la tarde de ayer á dichos señores y personas que les acompañaban.

EN EL TEATRO

Aspecto

La decoración del escenario de Breton no podía ser de más severa elegancia.

En el centro, sobre artístico pedestal, se destacaba el busto del poeta, notable obra de nuestro paisano el escultor señor Petit.

Sobre el fondo pendían los ricos tapices de la Universidad, y encima de ellos y á lo largo de toda la escena, numerosos focos de luz eléctrica, que en unión de los colocados entre guirnalda en la embocadura del escenario, alumbraban profusamente éste.

El arquitecto señor Vargas, el mismo bajo cuya dirección se dispuso el decorado de los Juegos Florales, puede estar satisfecho de su acierto.

El acto

Comienza el acto á las nueve, con el teatro completamente ocupado por distinguido público, entre el que figuran cuantas notabilidades encierra Salamanca en ciencias, artes y letras.

En la sala, plateas y palcos hay muchos sacerdotes.

Ocupan la presidencia los señores Obispo de la diócesis, Subsecretario de la Presidencia, Alcalde, Conde de Casa Segovia y Presidente de la Diputación provincial, y en el escenario toman asiento los señores Núñez Alegría, Iscar y Sánchez Rojas, secretarios de la comisión organizadora; Uamuno, Reymundo, Gamazo (don Valentín), Pinilla (don C.), Núñez (don Francisco), Encinas, Sanz, Concha Alcalde, comisión de los Dominicos, Rector de los Irlandeses, Garfo Polo, Allú, Presidente de los Hijos del Trabajo, Montilla, García Rome-

ro, Pinilla (don H.), Milla, Corvo, Ledesma, Larrarte y otros que sentimos no recordar.

En el escenario vimos también á la distinguida señora de nuestro compañero en la prensa, el culto representante de *El Cantábrico*, señor Segura.

Entre el numeroso y distinguido público recordamos ver á las familias de los señores siguientes:

En palcos

Maldonado, Carrafa, Gimeno, Facultad de Derecho, Moro (don José), Mirat, Lasanta y Villar, Diputación y Ayuntamiento, Rodríguez Vega, Yerro, Chaves, Rojas, Pozueta, Ferreira, Marra y Orea.

En plateas

Lis, Sanz (don Gonzalo), Santos, Garfo Polo (don Basilio), González y Díez-Angoso, Guervós, Sánchez de la Peña, Núñez Escarpizo y Madrazo, Trujillo y Hoyos, Cuesta, Cabildo, Concha Alcaide, Plaza, Llanas, Alonso, Vázquez de Parga, (don Jacinto y don Angel), Lafuente, Castillo (don José), Pérez Tabernerro, Sánchez, Monje y Díaz (don Eusebio y don Gabriel).

En butacas

Capdevila, Tolmos, Sánchez Cabo, Conde, López, Sevillano, Montero (don Alfonso), Calzada, Alcalde, Madruga, Albertos, Llorente, Martín Blanco, Garfo, Revillo, García Piedra, Rivas, Gober, Cuesta, Lastra, Lázaro Bartolomé, García Alvarez, Carnero, Conde, Romero y Trilla.

Los palcos proscenios eran ocupados por la familia de Galán y los hijos de la señora Pardo Bazán.

ORDEN DE LA VELADA

PRIMERA PARTE

1.º El Orfeón obrero, dirigido por el señor Reñones, cantó con gran afinación el hermoso poema sinfónico del maestro Brill, que se titula *Mar Adentro*.

Los estruendosos aplausos que escucharon los simpáticos orfeonistas fueron merecidísimos.

2.º Levantóse después el señor Unamuno, cuya presencia es saludada con grandes aplausos.

Comienza su discurso diciendo:

Siento que para honrar la memoria del insigne poeta Galán, hagamos un derroche de oratoria.

Sería mejor cantar su valer en otros versos, pero ya que esto no es posible, procuraremos hacernos dignos de él.

Nos hemos reunido para honrar al poeta, oírle y hablar de él y con él. Para eso se han reunido una dama ilustre, que trae alientos de frescura, que contrasta con el tono abochornado que en general afecta la literatura española; un noble caballero, por su cuna y más por su carácter y por su valer, y genuinas representaciones de las provincias comarcanas. Nos reunimos en primavera, cuando empiezan á cantar los pájaros que él no oír, y cuando comienza á verdear la mies que él arrojó.

El poeta une, y une porque es la sinceridad suprema, porque no tiene secretos ni para Dios ni para los hombres. El poeta es el que lleva en la mano el corazón, y éste va cantando al sentir envuelto en el aire libre y bañado en la luz del sol, no preso en lo obscuro del pecho. El canto del poeta es confesión y la confesión es valor. No sé decirlo, se dice y no es que no lo sepas; es que no quieres saber decirlo. No te atreves.

Se redime uno por el prójimo y como no nos atrevemos, al leerlo nos atrevemos y nos confesamos con él, que nos muestra su interior, y al mostrárnoslo nos revela el propio nuestro, al hombre y al universo. Al hombre todo que se da en él y así nos lo crea de nuevo, porque el conocimiento es una nueva creación.

Poeta vale, en lengua griega, tanto como creador, y lo es.

Encuentras lo mismo que tus padres y abuelos vieron y abrumado por la monotonía de las cosas exclamas con el *Eclesiastés*: "Que es lo que fué, lo mismo que es y que será. Que es lo que ha sido hecho lo mismo que se hará, y nada hay nuevo debajo del sol."

O con el San Antonio de Flaubert, hablas de la *betísse du soleil* de la estupidez del sol.

Nada hay nuevo bajo el sol, pero viene el poeta y te hace nuevo lo viejo y te re-crea el mundo y, al mostrarte un árbol, una encina encandelada de tal modo y con tales palabras te la muestra, que la ves por vez primera, recién hecha, hecha para tí, fresca y chorreando vida.

Y toda la creación para tí solo creada. Y al conjuro de la palabra creadora del poeta, se te hace todo nuevo bajo el sol y una no acabada mañana de primavera el mundo, y una alba perduradera la vida, y cada sol un sol nuevo hecho para tí, creado no más que para calentarte y que tus ojos beban de una luz vivificadora. Y á la vez que crea como un verbo, crea también el verbo, inventa el lenguaje según va hablando.

Las palabras salen recién acuñadas de sus labios. El arma del poeta es la metáfora y la metáfora es la madre espiritual del lenguaje.

Las más de las palabras que usamos como un sentido muerto, son metáforas adensadas á presión de atmósferas seculares.

El lenguaje, en boca del poeta, nos recuerda las dos supremas revelaciones de él.

Aquel primer *te quiero*, que al nacer de los labios de la amada nos reveló la eterna virginidad del lenguaje, y aquel último *¡adiós hijo mío!* en que parece maduró para siempre en tus oídos el habla humana, adquiriendo, desde entonces, toda la santa gravedad que guarda cuanto une el reino de muertos con el de los vivos.

El poeta es el revelador de la virginidad perpetuamente revelada del mundo y de la palabra y de su maternidad también renovada perpetuamente.

Y el complemento de la poesía es el ritmo: la música, *balbuciente idioma que al hombre le nació en el alma*.

Con el ritmo se apura la lengua, como en la era se apura la mies con el bieldo, aventándola, luego de haber apañado con el cambio la parva. El aire se lleva la paja y el tamo y va depositándose á los pies del aventador el dorado trigo.

Así el ritmo entrega al aire el tamo de la lengua y solo deja el oro de su trigo.

Así el poeta renueva la lengua, renueva el mundo y te renueva á tí. Te da á conocer lo que menos conoces, que es lo que usas más á diario. Nadie aprecia el aire sino en los momentos de ahogo, ni la salud sino en la convalecencia.

El poeta nos hace convalecer de la vida restregándonos el corazón en eterna infancia; nos hace niños y como los niños no vemos entonces las cosas, sino por fuera, y las vemos todas.

El poeta eterniza lo fugitivo y universaliza lo local. Canta como sino hubiera de morir nunca.

Y cómo pasa sus ojos infantiles en lo de fuera, en las extrañas de las cosas, nos revela sus entrañas.

*¿Qué volcán tan ardiente
Como el humano corazón que ama?
¿Ni qué encendida llama
Ráscará luz tan pura y esplendente
Como ésta que mi espíritu derrama?
¿Tú envejeces! La nieve de tu cumbre
Que ya ha apagado tu pristina tumbre,
Me dice que declinas,
Que ya helada caminas
De tu vivir hacia el helado invierno...
¿Tú tienes que morir! ¡Yo soy eterno!
Mas, ¡para qué conmigo compararte,
Sobrio monstruo inerte,
Si del cogüelmo de mi vida, el Arte
Te está dando una parte
Porque no te confundas con la muerte!
Y en fin, mole dormida,
Aunque sintieras como yo la vida
Me envidiarás, sin duda,
¡Porque yo sé cantar y tú eres muda!*

Primero hay que ir á la región del agua, después á la del fuego, pero llegará día en que *apagada la lumbre* y caminando, tendrá que alumbrar el pobre género humano no pozos de agua, sino volcanes de fuego. Y lo mismo sucede en el corazón. Hay que llegar primero á su región de las aguas puras y corrientes, de los afectos que unen; luego á la del fuego abrasador, que es el centro de la tierra y el de las almas.

Por haberse asomado á esas honduras, es poeta Galán, y no por quedarse en la roca castellana.

Galán es castellano, sí. Porque lo eterno se da en lo pasajero y lo universal en lo local.

Pero Galán no es castellano en su sentido de exclusión, de regionalismo. Nunca hubiera podido servir de bandera á las almas de secano y en barbecho para quienes el centro del castellanismo es la cuestión triguera y la imposición, más ó menos solapada, del monopolio casticista del idioma.

Me temo que si hubiera vivido Galán habrían acabado por hacerle diputado á Cortes, lo cual.....

Aunque la alondra haga su nido junto á uno ú otro terreno, su patria es el cielo y para cantar se eleva.

Supeditar lo pasajero á lo eterno, lo local á lo universal, lo de ahora á lo de siempre, lo de aquí á lo de todas partes,

es el cogollo de la moral, y por eso el poeta que eterniza lo fugitivo y universaliza lo local, es cuando es verdadero poeta, moral siempre.

Y como en nuestra civilización la moral no tiene más que una forma, la cristiana, Galán era un poeta cristiano, pero en el hondo sentido de la palabra; tal, que sus cantos pueden servir de alimento á los corazones de todos los que ven en el Cristo el conductor divino, sea cual fuere la confesión que el cristianismo tome en sus cabezas.

En su vida, como hombre, profesaba el cristianismo en la forma transitoria y local que en su tiempo y en su país toma. Pero cuando se sentía poeta, lo cantaba, obedeciendo á su esencia duradera y universal, á lo que tiene de común, en las diversas escuelas, confesiones é iglesias en que se distribuye por el mundo. Y es que el poeta no es un dogmático que adoctrina, sino un poeta que canta y el corazón uno lo que la cólera separa.

El Cristu benditu, de Galán, no es un Cristo que incita á la lucha sino un Cristo que da hijos, que da vida.

Los hijos, la fecundidad, la vida, fueron el tema constante de Galán; su cristianismo fué amor á la vida.

*¡Quiero vivir! Dios es vida.
¿No ves que en tu vida convierte
la ancianidad que en la muerte
cayó con dulce caída?
¿No soy yo vida nacida
de vidas que á mí se dieron?
Pues vidas que en mí se unieron,
si vivo, no fan de morir
¡Por eso quiero vivir,
porque mis muertos no mueran!*

*¡Quiero vivir! á Dios voy
y á Dios no se od muriendo,
se od al oriente subiendo,
por la breve noche de hoy.
De luz y de sombras soy
y quiero darla á las dos.
¡Quiero dejar de mí en pos
robusto y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!*

Amó la vida y el trabajo, pues el trabajo hace amar la vida.

No creas á los poetas desesperados que cantan al dolor. El dolor cantado, es el más exquisito de los consuelos. Recordad al viudo que vivía para delectarse en acariciar la esperanza de reunirse un día, gracias á la muerte, con su esposa.

Y como Galán cantaba la vida, cantaba á la mujer. A la mujer fecunda y sana. A la mujer fuerte de vida.

El amor que canta Galán es un amor al aire libre. Un amor sobre las sementeras y bajo el cielo; en brazos que son descanso de la lucha, en brazos que son cuna y que son también tumba.

En los brazos de la mujer se nace y se muere de continuo, porque la mujer es la eternidad del hombre.

Y ahora forzoso es acabar.

Mañana, después de esta breve tregua, volveremos á la lucha. Pero sintiendo la solidaridad que á los luchadores une, llevando el dej de la misma canción en los labios y el alivio del mismo consuelo en el corazón.

Prolongados aplausos ahogaron las últimas frases del Rector, que anoche pronunció uno de sus más admirables discursos.

3.º *Mi Vaquerillo*, recitado por don Cándido Rodríguez Pinilla, fué escuchado con entusiasmo y valió á nuestro compañero en la prensa muchos aplausos.

4.º Don Miguel García Romero, representante de Cáceres, leyó de un modo muy sentido *El Cristu Benditu*, siendo ovacionado.

Acompañado del señor Galán (don Baldomero), entra en el escenario el hijo mayor del poeta Jesús Gabriel y Galán á quien entrega el conde de Casa Segovia la plancha de oro y plata de la Asociación Patriótica de Buenos Aires y el valioso regalo del Centro Catalán.

Al hacer la entrega, el señor Conde pronuncia el hermosísimo discurso que nuestros lectores verán á continuación, demostrando cuán natural es su elocuencia y cuán hondamente sentía las grandezas cantadas por el poeta.

El público, emocionado por las sentidas palabras del ilustre representante de nuestros compatriotas en la Argentina, y por la galanura de frase del noble anciano, proigó á éste ovaciones sinceras y entusiastas.

Cuando el conde entregó al inocente hijo del malogrado poeta, los suntuosos premios que éste ganó con su ingenio soberano, y cuando el pobre niño, adivinando más que sintiendo su desgracia,

se echó á llorar, cuantas personas estábamos en el teatro lloramos con él y con el sentimiento su pena.

He aquí las frases de

El Conde de Casa Segovia

Señores: Pediría al dolor en estos momentos sus sollozos, sus lágrimas y sus entrecortada palabras para dar á mi voz frases y acentos que os dijeran con esa elocuencia que del corazón llega á los labios sin formas retóricas, pero expresivas cual ningunas, la emoción que me domina en esta memorable noche, en la que honramos la ilustre memoria del poeta de los campos y las montañas, del cantor de las ternuras del corazón, del que ha grabado su nombre con caracteres indelebiles en la hermosa historia de nuestras glorias poéticas, del hombre de fé que llevaba la vista puesta siempre en las alturas, del ciudadano modelo que habia hecho templo del hogar, y de la familia de José María Gabriel y Galán, arrebatado por la inexorable muerte cuando su talento adquiría mayor desarrollo y de su pluma brotaban cascadas de luz, de flores y de armonías, de Gabriel y Galán que desaparece para volar á mundos mejores; dejando rastro luminoso, llorado por todos y ornada su sien con la magnífica corona del genio y de la virtud.

No me tachéis de osado, si tomo parte en este homenaje al poeta, y si me atrevo á hablar después del discurso tan grandioso como todos os suyos del señor Unamuno, y antes del que ya estáis impacientes por oír de la señora Pardo Bazán, la cultísima escritora, la dama ilustre, encanto y orgullo de la patria. Y no creáis que he pensado en invadir el terreno que á cada uno con tanta justicia corresponde; mi misión es de otra índole. Yo traía de nuestros hermanos en América aplausos, premios, abrazos, los ecos de una noche inolvidable, en la que resonaba entre delirantes vítores el nombre de Gabriel y Galán, y españoles y argentinos, unidos en la maravillosa confraternidad del arte lo proclamaban vencedor del torneo. Hoy, sobre todos esos premios y recuerdos más vivos cada día, se ha abatido el negro orespón de la muerte. Si esta fuese una fiesta de homenaje al vivo, y el recibiese los lauros, yo callaría, pero ante una tumba aún abierta, ante una familia desolada, unos hijos en la desesperación y un pueblo entero de duelo, no titubeo; para nada sirve la elocuencia, que no hace falta para llorar, para rendir tributos de doloroso entusiasmo y para decir á esa esposa y á esos hijos: ¡Bendita sea la santa memoria de vuestro esposo y de vuestro padre!

Hace pocos meses que en mi carácter de presidente de la Comisión organizadora de los Juegos Florales, que en Octubre último celebró en Buenos Aires, la Asociación Patriótica Española, esa sociedad que representa genuinamente á la Patria en aquella hermosa República Argentina, que lleva siempre en alto nuestra bandera nacional y que vela inmensable por el honor y el buen nombre de España sin vacilaciones ni desfallecimientos, en ese carácter, repito, abrí los pliegos que contenían las obras presentadas al concurso para pasarlas al Jurado. Llamóme la atención poderosamente una poesía titulada «A la Montaña» y parecióme que aquella pluma tenía extraordinarios puntos de semejanza con la del autor de «Fecundidad», «Amor» y «El gañán»; con aquella hermosa y valiente composición venían otras dos escritas con la misma letra y que acusaban el mismo estilo: se intitulaban «El Arrullo del Atlántico» y «Canto al Trabajo»; esta última poesía me cautivó y os aseguro que dudé algún tiempo si era de la misma mano por notar en ella menos lirismo que en las anteriores, pero más fuerza de expresión y más profundidad de concepto.

Guardé silencio sobre mis impresiones, como era mi deber, siguiendo con gran interés los trabajos del Jurado y asistiendo sin voz ni voto á sus deliberaciones, pues exigían siempre mi presencia.

Gabriel y Galán me era familiar como poeta: en aquellas lejanas comarcas, y durante 17 años, mi imaginación jamás vivió fuera de España, y con afán

capaces de abrazarse á ella y recibir su
impresión, y ni aun dóciles á sus leccio-
nes de contemplación y melancolía, á
la sugestión del apartamiento, á cuanto
dicen y revelan la soledad, el trabajo,
la oración silenciosa que se alza de to-
do el labrado.

Insisto en que el secreto de la poe-
sía de Galán está en vivir con lo que
canta, y en la claridad difusa de lo que
siente por insinuación de la tierra maes-
tra y consoladora. Yo sé por experiencia
que del campo no se puede escribir si en
él no se reside largo tiempo; que siendo
el campo una cosa en apariencia accesible
á todos, sencilla, tranquila, desierta y
cantada mil veces, y que de cierto no
ha cambiado, ni puede cambiar desde
los tiempos primitivos hasta hoy, no di-
ferenciándose esencialmente las quere-
llas de un pastor castellano del siglo xx
y las de un pastor de la Idumea, en los
tiempos patriarcales, no hay nada tan
difícil como saber mirar eso que se
muestra á todos, ni triunfo como situar-
se frente á lo que innumerables poetas
ya describieron bella y fielmente, y vol-
ver á dominarlo con sentimiento indivi-
dual y general, personalísimo y épico.
La naturaleza posee, sin embargo, el ta-
lismán para renovarse dentro de lo pre-
vio, lo que es inalterable de su ritmo; y
cuando Gabriel y Galán encuentran notas
de hermosura en la motonía, en la paté-
tica constante de impresiones, está en
lo cierto: su instinto seguro le dice que
la primavera es periódica, infalible, y
sin embargo, nos sorprende siempre co-
mo si la estrenásemos, y si para nos-
otros únicamente, en determina hora,
la engalanase una mano omnipotente.

Lo que el poeta padece y actúa es
fuente copiosa de poesía verdadera. De
ello tenía prenda en vuestra casa, en un
poeta salmantino, muerto hace pocos
años, muy olvidado ya; me refiero á
Ventura Ruiz Aguilera, el que con tanto
carino describió en un romance á su
ciudad natal, Salamanca, y en quien me
parece descubrir un alma gemela de la
de Gabriel y Galán. La biografía es di-
ferente: Ruiz Aguilera fué uno de tantos
muchachos de provincia como se
lanzaron á Madrid, rebosando ilusiones,
después de haber agotado en el pueblo
de su nacimiento lo que puede dar de sí
la vida literaria, esas tertulias y otros
donde se encañilan los ingenios mo-
zos, donde se entrenan y preparan á la
char por la nobrada. El bocado de
pan lo esperaba Ruiz Aguilera de la Me-
dicina, y el nombre de los versos. Ha-
bía en Ruiz Aguilera la convicción de
que no habían acertado los árcades, de
cuya afectación se burlaba; y en él, co-
mo en Gabriel y Galán, existía fuerte
apego á su tierra, de cuyo lenguaje cha-
rruno se sirvió al parodiar las églogas
de los Batillos y Dellos. Dormía en Agui-
lera un poeta popular que no logró re-
velarse brillantemente en los *Escos na-
cionales*, que derramó perlas sueltas en
los *Cantares*, que apenas dió razón de
sí en las *Sálvatas*, género muy opuesto á
la índole de su inspiración. Tal vez el
momento no era favorable á lo popular,
aunque ya los poetas de los dialectos
peninsulares marchaban el rumbo, tal
vez le sobraba á Ruiz Aguilera, para asi-
milarse el alma del pueblo, educación
literaria, cultura, lectura, respeto á
maestros y modelos, lastre de clasicis-
mo. Con todo, no sé si la cultura estorba
ó auxilia al poeta en este caso, porque
á nuestro lado se sienta el autor de
cierta bien forjada superchería popular
y de cuentos aldeanos de sabor genuino,
el autor de las donosas *Quevelas del
Ciego de Robiza* y de las historietas *Del
campo y de la ciudad*, y persona muy
culto es. Dejando sin resolver este pun-
to, insisto en la confrontación de almas,
como difa un árcade, que se observa
entre Ruiz Aguilera y Gabriel y Galán.
Son dos caracteres serios, sentimentales,
en los que domina la nota ética; los
dos creen y practican el exioma que Ruiz
Aguilera estampó en el prólogo de los
Escos nacionales: «El poeta, si ha de tener
autoridad su bello sacerdocio, sea
modelo de buen ejemplo»; los dos son
optimistas, aceptan con mansedumbre
reconocida el destino según lo ordena
quien ordenarlo puede; los dos son
cristianos, cristianos sobre todo, y al
par del sentimiento cristiano, y confun-
diéndose con él en efusiones tiernas y
arrebatos patéticos, en los dos resue-
na la cuerda de la paternidad. Ventura
Ruiz Aguilera no puede contarse en el
número de los poetas mayores; pero
hay un momento en que llega á la cam-
bre, y es cuando gime sus *Elegías*, de
lo más conmovedor que produce la lírica
española. En ésta no abunda la ex-
presión de afectos tales, el niño no aso-
ma sino en forma de Cupidillo alado y
travieso.

Por primera vez acaso en nuestras
letras, el infinito amor y el dolor del
padre, el dolor de los dolores, hablaron
en verso, y las lágrimas corrieron no
por Flérida ni por Filis, sino por un pe-
dazo de las entrañas de un hombre por
una criatura que al subir al cielo dejó
cubierto de eterno luto un hogar, y es
afinidad de Gabriel y Galán con Ruiz
Aguilera, y es gloria indiscutible, el que
también por primera vez, en su *Cristo
Bendito*, haya resucitado el cántico de la
paternidad venturosa, que embriaga
con la alegría de las alegrías. El llanto
de Ruiz Aguilera, que corona de espina
el corazón, como el gozo bábuicente
de Galán, que lo corona de flor de
manzano, son fases de un mismo senti-
miento humanísimo, irresistible; y el

pequeñuelo de cara teñida de rosa para
que parezca más guapo, y la plida ni-
ña amortajada, sus hermanos, y con su
nacimiento y su muerte han arrancado
á la Musa gritos de un sentimiento sa-
grado, que antes desazonaba. Obra es
de nuestro siglo haber encordado toda
la lira con temblantes fibras del alma.

La amplitud de la lírica moderna, su
variedad, me sugieren una observación.
Se acostumbra en España, al elogiar,
mercedmente á un poeta, á un escri-
tor, incurrir en exclusivismos, sirvién-
dose de un nombre para proscribir y
condenar á los restantes. Críticos ilus-
tradísimos siguieron esta senda al dedi-
car á Gabriel y Galán, en vida y muerte,
páginas de encomio. No niego—¿cómo
había de negarlo, si estoy ejercitándolo
ahora?—el perfecto derecho del crítico
á manifestar simpatías, predilecciones,
hasta á recomendar direcciones y mo-
delos literarios; lo que no me parece
bien es esa ortodoxia suspiroz que reco-
la de todo; que anteayer fulminó el ama-
tema contra el romanticismo, ayer
contra el naturalismo, hoy contra el moder-
nismo, sin dar tiempo ni á que tan
opuestas novedades (caso de que lo sean)
llegadas aquí saudan la polvareda del
viaje y se nos muestren como son.

Yo agradezco á Dios que me haya
dado un gusto abierto y comprensivo,
una sensibilidad pronta, que me permi-
ten, no comunicar de un modo acerta-
do mis satisfacciones artísticas, pero al
menos disfrutarlas, sin reducir los tér-
minos de la belleza. Nuestro siglo—
me refiero al xix, pues el xx no ha sol-
tado aún los andadores—es la edad vi-
toriosa de la poesía lírica: los idiomas,
los dialectos, hasta las campesinas fallas
que apenas desfiguraban graciosamen-
te la nacional, se han enriquecido con
cantos de poeta, que suscitaron el arrolla-
dor romanticismo, y que la misma com-
plicación y variedad inagotable del pen-
samiento actual, su misma inquietud y
efervescencia, continúan haciendo sur-
gir.

Formando escuela los unos; aislados
y solitarios los otros; inspirándose al-
gunos en el sentir general y en los te-
mas que hallan eco y correspondencia
en las multitudes; encerrándose no po-
cos en la encantada cueva de su propia
alma; cultivando éstos la forma y pro-
clamando la sustantividad del arte; des-
deñando aquéllos la tarea de cincelar
y pulir el verso y dando rienda suelta
al estro fogoso; ocultando, desdeñosos
y altivos, sus heridas y sus llagas, ó
mostrándolas cuando vierten sangre;
dejándose penetrar de una nostalgia
apacible, ó trepidando de furor profético;
sugiriendo lo inefable, ó rivalizando
con la paleta ó el instrumento músico;
conservando la majestuosa quietud de
las líneas; ó disolviendo el tema en la
vaguedad del ensueño y el misterio del
símbolo... poetas han sido, poetas asom-
brosos, los líricos de la edad presente;
y no renuncio á ninguno de ellos, si la
belleza inmortal y varia, faetada y ful-
gurante, esplende en sus rimas, si ellos
han acertado á cantar lo que obscura-
mente sintieron muchos. No voy á ha-
cer la apología ni la acusación del mo-
dernismo; esto exigirla analizar y defi-
nir con precisión lo que por tal se en-
tiende; no desazono los caprichos de
sus retóricos; seguramente no más raros
que los de nuestros culteranos y concep-
tistas (si hemos de juzgarlos por su ma-
nera, el modernismo pertenece á nues-
tra tradición, es algo ibérico, y no en
balde los secuaces parisienenses de ese
movimiento tributan adoración á nues-
tro Gongora); yo sólo me resisto á bor-
rar de la lista de los poetas á los que,
en efecto, lo son, y muy insignis, á Bau-
delaire, á Verlaine, porque otro poeta,
en tierra castellana, ha sentido de otro
modo, y como ha sentido, ha cantado y
nos ha dado en mitad del gusto, y le ce-
lebramos, y le ponemos sobre nuestras
cabezas.

He oído repetir también, no siempre
en tono de aprobación, ni siquiera de
tolerancia, que Gabriel y Galán pertene-
cen á la escuela clásica; y me he encogi-
do de hombros. ¿Clásico! No veo en eso
baldón alguno. El clasicismo es muy an-
tiguo y muy moderno á la vez; al clasi-
mo renace periódicamente; el clasicis-
mo, en esta región española, es aura que
se respira. Gabriel y Galán, sin esfuer-
zo, sin fealdad, sin pedantería, fué clási-
sico; no neoclásico, no yerto imitador,
aunque tenga reminiscencias de los
maestros, aunque las quintillas de Mi-
radamesoua *Un labrador de su amada*
revivan en las quintillas de *Castellana*,
aunque el *Ama* sea maravillosa paráfrasis
de la *Perfecta Casada* la cual es paráfrasis
de versículos de Salomón. El clasicismo
es templo ancho, y en él tiene
aras la verdad. Edades enteras hubo,
edades clásicas, en que se identificó la
verdad á la hermosura; y tan natural es
el cuadro de Héctor jugando con su ni-
ño, que se asusta al oír de las crines
de la cimera, como el de Gabriel y Ga-
lán pidiendo á la madre que no faje al
recién, que le deje reanar contento y li-
bre, para que se haga pronto tallado y
amarre los chotos con puño de recio la-
brador.

El romanticismo, del cual proceden
su mayoría las direcciones más re-
cientes de la literatura, no se ha adap-
tado á la mentalidad española tanto
como se suele suponer. En el teatro do-
minó el romanticismo; en la poesía lí-
rica, mucho menos. En los numerosos
poetas del siglo xix á quienes arrastró
el torrente romántico, persistió y se

mostró frecuentemente la tendencia clási-
ca. Si nos detuviésemos á examinar la
producción de Espronceda, del mismo
Zorrilla, en cuanto lírico, veríamos sub-
ir á la superficie el peso de clasicismo
precipitado al fondo; y es que los mo-
delos pesan mucho, que la tradición del
lirismo español es humanista. Se puede
seguir una escuela, adoptar sus proce-
dimientos y tópicos, y pertenecer in-
voluntariamente á otra.

Nueva explicación veo en esto de los
aciertos de Gabriel y Galán, pues no sólo
su vida, sino su individualidad, se
han cortado de la misma tela que su
poesía. El romanticismo es una inquie-
tud, y en Galán la serenidad impera, el
romanticismo es una contradicción del
yo y el Universo, es algo egotístico, y
Galán se derrama en cordialidad y amor,
el romanticismo es insaciable, y Galán
se conforma satisfecho con su suerte; el
romanticismo es anárquico, y Galán es
social; el romanticismo cuando es reli-
gioso, es místico, y Galán es cristiano,
pero místico no, como no lo fueron los
poetas de la escuela salmantina; y no
quiero desarrollar este punto de vista,
porque me enfascaría en una compara-
ción entre San Juan de la Cruz y Fray
Luis, que nos llevaría no sé hasta dónde.
Convengamos en que la oleada for-
midable del romanticismo pasó por cima
de la cabeza de Gabriel y Galán, y
que las últimas formas del sentimiento
moderno, complicado, exasperado quiza-
s por el triunfo del ideal científico y
positivo, que en literatura se ha impues-
to también y parece aislar á la poesía,
Ariadna abandonada, sobre desierta
roca, no llegaron, ignoro si á su noti-
cia, sé de fijo que no á su voluntad. Y
en este sentido, tiene mucha razón el
sábido Fray Conrado Muñoz, al felicitar-
se de que Gabriel y Galán haya con-
servado en el retiro de su lugar, en su
alquería honrada y dulce, la patria cas-
tiza y la entereza de la certidumbre que
lo distinguen. Mas no por eso haremos
de él bandera contra otros poetas, sean
extranjeros, como Verlaine; españoles,
como algunos que pudiera nombrar;
americanos como Rubén Darío. Pida-
mos únicamente á estos poetas que sean,
como Gabriel y Galán, intensos y leales
y que shonden en sí, hasta descubrirse
y manifestarse, sin falacia ni con-
vencionalismo.

He dicho que es altamente social la
poesía de Galán, y necesito explicar,
aunque sea muy brevemente, el sentido
que encierran mis palabras.

Llamó social á una forma de arte
cuando concurre á mantener la estabi-
lidad, una estabilidad no inerte, sino
activa, y hasta penetrada de ese impul-
so de renovación que se da en los orga-
nismos mientras vence en ellos lo inte-
grante á las acciones desintegradoras.
Para decirlo más llisamente: el arte so-
cial no es opuesto á la evolución, pe-
ro sí á la revolución violenta. Esto no
significa que todas las formas en que
la sociedad se constituye me parezcan
dignas de respeto; y sería preciso
cerrar á la evidencia los ojos pa-
ra no reconocer que las transforma-
ciones del derecho son, considera-
das socialmente, algo inevitable. El Es-
tado mismo es quien, en primer térmi-
no, modifica y renueva la sociedad, y
eso y no otra cosa significa la frase ya
célebre de «revolución desde arriba».
Nuestros gobernantes, en estos últimos
tiempos, desde las alturas del poder po-
lítico, al preocuparse de las urgentes
reclamaciones y dictados de la econo-
mía social, han reconocido explícita-
mente que existe una ley constante, que
no llamaré de progreso, la palabra me
parece inexacta, pero sí de desenvolvi-
miento, y que la persistencia de la so-
ciedad no se asegura con la petrifica-
ción de los métodos para regirla. Mas
si ha de ser eficaz esa acción saludable,
que unas veces inicia el Estado y otras,
directa ó indirectamente, la sociedad
misma, es preciso que los componentes
sociales se armonicen, que en la masa
no fermente odio ciego, impulsivo, el
programa de destrucción como supre-
ma esperanza, y la negación absoluta
como ideal.

El ejemplo que ha de patentizarnos
en qué consiste el arte antisocial, no ire-
mos á buscarlo fuera de la actualidad
palpitante: lo tenemos á mano en las le-
tras rusas. El estado social de Rusia, es-
trechamente unido á su historia litera-
ria; lo expliqué en el Ateneo de Madrid
hace diez y ocho años, en extensas le-
cciones, y nada de lo que hoy, con ex-
posición formidable ha venido á espantar
á Europa me coge de nuevas, pues si el
terrible desquehijamiento social de Ru-
sia latía en lo más recóndito de la con-
ciencia y en lo más exaltado de la sensi-
bilidad, y asomaba la cabeza en la lírica,
en la poesía épica ó lírica, la novela
ó la estrofa, forzosa mente tenía
que llegar, más pronto ó más tarde, á
la cruda realidad de los artes y mires, á
las plazas, á los cuarteles, á las aulas y
colegios, á la huelga, al motín, al atenta-
do.—Y había llegado ya, sin que Euro-
pa se impresionase.—Pues ahí tenemos
á otro buccólico, á otro labrador, á otro
amigo de los humildes, al famosísimo
Conde León Tolstoy: él también como
Gabriel y Galán, destripa terrones, asis-
te á las sementeras, vé tumbarse la mié-
renda por la guadana, recomienda que
todos trabajen su pan y rieguen con el
sudor de la frente el terruño; él asimis-
mo exhorta y adoctrina á los aldeanos,
y valiéndose de la superioridad de su
condición, les dicta preceptos éticos,

condena los propios vicios que afeaba
Gabriel y Galán á los charros de Guijo
de Granadilla en sus composiciones es-
o para mi lugar, tituladas *El jugador*,
El matón, *El borracho*, y no sé si como
él,—pero lo supongo,—les dicta en una
especie de código, los deberes de pa-
dres, esposos ó hijos.

Sí; tal es el punto en que coinciden
Tolstoy y Gabriel y Galán; fijémonos, y
veremos cómo, practicando este magis-
terio social, Tolstoy es un escritor y un
pensador antisocial, disolvente. Para
realizar sus aspiraciones, la sociedad
rusa y la del mundo entero deberían,
no reformarse ni transformarse, sino der-
tirirse como terrón de sal en el agua de
desbordado río. Para que Tolstoy se
conforme, no basta ni obtener lo que
pedían las inermes muchedumbres al
Zir y al Padre en manifestación confi-
ada y candorosa; para que Tolstoy se
conforme es preciso que los tribunales
se cierran, que los presidios se abran,
que desaparezca la civilización, el bien
estar, el arte mismo; que el hombre se
niegue á la defensa armada de la patria,
y hasta por último—no supongáis que
fantaseo, se resista con idéntica tenaci-
dad á perpetuar la especie, extinguiendo
así radicalmente el mal al extinguir
la humanidad sobre el planeta. ¿No es
verdad que este ligerísimo esbozo de
una figura por otra parte, iluminada
cual no otra con los resplandores del
genio literario, os persuade, por con-
traste, de que Gabriel y Galán, el poeta
de la fecundidad y de la familia, el que
para invitar á la amada á venir bajo su
techo, le muestra entre las hiedras del
huerto el nido con sus siete pajarillos;
el que exhorta al labrador á arar y can-
tar, para unir la alegría al trabajo,
es la antítesis de Tolstoy, y es un poeta
altamente social, aunque en su modes-
ta esfera reproduzca las enseñanzas y
los humanitarios desvelos de Yashaya
Poiana?

El sentido social del poeta castellano
se afirma en una de sus poesías más en-
cantadoras, la que lleva por título *Los
pastores de mi abuelo*, y principia por un
cuadro trazado de mano maestra:

*He dormido en la majada sobre un lecho de lentisco,
embragado por el vino de los humildes apacibles
y acurrado por murmullos de mansísimo ramaje;
he comido pan sabroso con estrébas de carnero,
que quisieron los pastores en blanquísimo caldero
suspendido de las llares sobre el fuego del hogar.
Y al arrullo sibilante de monedones heróicos
he charlado largamente con los viejos pastores.
Y he buscado en sus sentiras algún bello que decir...
¡Ya se han ido, ya se han ido! Ya no encuentro en la comarca
los pastores de mi abuelo, que era un viejo patriarca,
con pastores y vaqueros que ramaban el viento!*

El poeta no puede consolarse de que
se hayan ido; de que esos selváticos
juglares, con el alma rezumando poe-
sía, se hayan llevado á la ignorada tumba
donde yacen sus huesos, no solo las
historias, las consejas, los romances, si-
no el vigor de la raza, los pechos fuer-
tes con ingenuos corazones de oro vie-
jo, los hombres cuyos cayados eran ce-
tros de la paz; que se haya ido la casta
de varones severos y rícos, más leales
que mastines como los corderos sencielos,
y que eran, sin saber grandes poe-
tas. «Más poetas que yo, más poetas
que yo!», repite Gabriel y Galán en un
arranque de humildad magnífica. Al leer
las estrofas de este poema todos sentimos
la misma nostalgia, la misma añoranza,
sin poder avenirnos al desamparo en
que nos dejó en este valde hondo, oscuro,
de una patria sin ayer y con el ma-
ñana nuboso ó incierto, ese divino pa-
sado que desapareció con su tesoro de
bienes, de prestigios, de consuelos, de
armonías... Todos, todos quisiéramos
que los pastores de nuestros abuelos es-
tuviesen en la majada aún, representán-
do lo mejor de nosotros mismos, la nata
sabrosa de nuestra peculiar civiliza-
ción.

No se civiliza el hombre, no ascien-
de en la escala de los seres, no amiente
porque ha refinado sus sensaciones,
acrecentado sus exigencias, renegado de
la paciencia y de la simplicidad y aspi-
rado á mayores gozos, de los que se
venden y se compran; y la sencillez del
ánimo, el desahucio de lo material,
la doma de los deseos y los apetitos son
virtudes que la antigüedad supuso privati-
vas del sabio y del filósofo, y que
encontramos, juntas en rústico ramilete,
en los pastores del abuelo de Galán,
los rimadores del vivir. Nuestra edad
es más triste porque se ha entregado á
la insaciable y fiera que el gran poeta fo-
rentino encontró á las puertas del bá-
trato y que, después de comer, tiene do-
b e hambre que en ayunas; y para dar
esta enfermedad su nombre, no por teo-
lógico menos propio; hemos de llama-
rle concupiscencia, que disfrazándose
con la túnica de Temis ha resucitado
las afeñas quimeras de la edad de oro y
de la ciudad donde no se pone nunca el
sol de la justicia. Y estas quimeras, sin
colmar á vida presente, la turban y en-
venenan con el ansia y la cólera, mace-
ran en hiel los corazones y los envuelven
en la sombra del desengaño. Con el
poeta, lamentamos que se hayan ido pa-
ra siempre los pastores apacibles, más
poetas que él y que cuantos conozco, y
en su lugar queden, en la majada, so-
bre el lecho de lentiscos, los pastores
que blasfeman, los que maldicen de la
fortuna de sus amos, los que gruñen
rencorosos como amarrados perros, ven-
teando los placeres y bandiendo los ca-
yados amenazadores.

No debo pasar por alto que, á pesar de
su optimismo, de su cariño á los pastores
de su abuelo, Gabriel y Galán ha sentido el
aguijón de este insoluble problema, y la
inquietud universal se ha reflejado en sus
producciones más recientes. Dígalo la pre-

cosa *Mi Vaquerillo*, en que hay no solo
piedad, sino remordimiento, ante la criatu-
ra dormida bajo la claridad lunar, y á
quien el poeta, suponiendo que el astro be-
a al desvalido maternalmente, imprime
en el rostro, con otro beso paternal, pro-
mesa de enmendarse, de mirar por él sin
tregua:

*¡Vaquerito mío!
¡Cuán amargo era el pan que te daban!
Y dígalo, sobre todo, el Himno al Tra-
bajo.*

Ningún poeta, mejor que Gabriel y Ga-
lán, ha libertado á su alada musa de la pe-
sadumbre y carga enojosa de ideas políti-
cas concretas; nadie menos que él se afiló
á banderías, porque no es ser banderizo,
sino meramente ser de su tierra y de su pa-
tria, cantar esa fe de roca y esa esperanza
de diamante de que están infiltrados los
versos de Gabriel y Galán. Sin embargo,
dificilmente se sustraía un poeta tan hu-
mano y sensible, á las preocupaciones fun-
damentales de su edad. Yo he leído solo
textos en mano, yo no poseo de Gabriel y Ga-
lán más datos privados que una carta, por
cie lo muy hermosa, referente á literatura;
y lo que durmiese en su conciencia, alno-
reas en su mente ó descubriese su conver-
sación, ni lo sospecho. Limitándose á en-
teascar notas de sus poesías, se me figura
que idas algo distintas de las que inspira-
ron *Los pastores de mi abuelo* rompen en las
estrofas del *Himno al Trabajo*, sacreado en
América. Habla el poeta de los tñ no ve-
nidos tiempos en que los caídos consiguan
su imperio triunfal; de los tiempos tan
esperados de la justicia, que armados avan-
zan... é incita á que sean sitiadas por ham-
bre ó desquicadas las puertas de los dorados
alcázares, si no las tienen abiertas al
trabajo.

*Vida que vive asida, en los versos sol-
savia sorbiendo de la ajena vida, y tras
duerma en el polvo en criminal sosiego!
Rama seca ó podrida,
¡perezca por el hacha ó por el fuego!*

A este leñador, á este justiciero indig-
nado, no le conocíamos. Puede ser arra-
que de sentimiento, más que sentencia pen-
sada; puede ser que el continuo, universal
cómoro de los que, desengañados de la
igualdad política, demandan con esfuerzo
tenaz la económica, nos conmueve á todos,
per, nadie es v z que grita en el desierto; y
si darse por enterado de ese formidable ru-
mor no es suficiente para que llamemos so-
cialista revolucionario á poeta que calificó
de social. Social es en el conjunto de su
obra, y las cáusticas que he transcrito aca-
o no significan sino que todos debemos
trabajar; que el haber encontrado al hacer
la mesa puesta no nos exime de tal obliga-
ción, y que si la rehuyésemos seríamos ram-
pejos secos, que sólo para quemar vale. En
lo que Gabriel y Galán habría dicho una
verdad como un puño, y yo, que he practi-
cado y seguiré practicando hasta que me
faltan fuerzas esa doctrina, le aplaudiría
sin rebozo.

Acaso, si bien me examine, piense yo
en esto de una manera aún más radical.
Sin creer asimismo la igualdad económica,
y no preocupandome de esa cuestión, quiza
insoluble en la forma que hoy se plan-
tea; prescindiendo también de aquel usual
medicamento de resignación para el prole-
tario y caridad para el capitalista, yo nun-
ca afirmaría que los necesitados son quie-
nes deben en el trabajo adelantarse; antes
al contrario, ese imperativo es más categó-
rico para los que, con superior conocimiento
de la ley que hace del trabajo una ver-
dadera segunda creación, necesitamos justifi-
car nuestra situación vent josa, traba-
jando, no por el fruto, sino por el honor,
por dar ejemplo y por capitanear. Las
clases directivas, que aquí tanto convendría
formar y robustecer, asientan su domi-
nio moral é intelectual en cimientos de
trabajo y lucha incesante; antaño con las
armas, ahora con todo.

Tuvo Gabriel y Galán otra condición
de poeta social, de poeta que une: la reli-
giosidad que impregna sus poesías, desde
aquel las que celebró y protegió mi respec-
table amigo el Padre Cámara, hasta la po-
strera, la *Canción* significativa que expresa
el ansia de vivir y la misteriosa corazona-
da de la muerte ya rondando la puerta.
Tal vez los versos del primer libro de Ga-
briel y Galán no fuesen, á pesar de sus
apóstrofes contra los impíos, los más reli-
giosos que escribió. La religiosidad no ha
menester polémico; en paz se aquilata, en
lo íntimo se depura, y una leve rasgo, un
momento en que los ojos dejan salir por
su puertas el alma, ponen de manifiesto
ese sentir de los sentires, esa oblación en-
tre todas pure, mejor que protestas y afir-
maciones que han llegado á ser fórmulas
retóricas de la prensa política, antes que
efusiones de creyente.

Ensanchado por la voz pura de místico;
presado por las tribulaciones; esogado en
la contemplación ó turbado por la matedo-
ra sequía y el asolador viento, de cuyos
embalses se queja, el corazón de Gabriel y
Galán es siempre religioso, siempre de oro
viejo cristiano, cual el de los pastores que
se han ido, y no sé de nada tan social co-
mo este sentimiento, cuya espiritual fortale-
za en todos los órdenes y casos de la vida,
para los individuos y para las naciones.
Y al declararlo así, sin fútiles respetos hu-
manos; al asegurar que un pueblo que
pierde la costumbre ó la facultad de mirar
hacia arriba está herido en la médula, pon-
go por final un pensamiento del poeta, que
con blanca luz esclarece el mío: ¡Vivamos,
á fin de que no mueran nuestros muertos!

El «Oficio Obrero» puso brillante re-
mate á la hermosa fiesta, cantando *El Co-
ro de Peregrinos*.

tradición de lectura. Y cuán amargo es decir que ha muerto la tradición; aquí donde todo se nos presenta envuelto en su luz sugestiva de poniente, mil veces más bella que la de ningún amanecer! ¿Qué pasado, qué memorias para evocar como las de Castilla, y en Castilla las de Salamanca? Sobre el férreo crujir de mayas y corajas; sobre el heroico y romanesco recuerdo de los paladines, históricos o semi-fabulosos, constructores de la nacionalidad y pilares firmísimos de la independencia, en Salamanca domina otro estruendo, ya alborozado y gárrulo, ya sentencioso y grave; en él se mezclan la controversia docta, erizada de latines escolásticos, las conceptuosas y satíricas redondillas de los vejeanimes, los triunfales vitores, las burlas y caricajadas de la novatada cruel, la salmodia de la locción, los rasguños de guitarras ante las rejas y el choque de las espadas y broqueles en la ríñ. Es el bullicio estudiantil; y ese vocerío alegre, que tiene resonancia en la novela picaresca, en el teatro, en la poesía lírica, salta como espuma del hondo oleaje científico, del pozo de sabiduría descubierta en la Edad Media, insondable en los imperiales días del Renacimiento, gradualmente seco cuando fueron secándose nuestras virtudes.

¿Quién pudiera, por arte de hechicería, desandar el camino del tiempo, y transportarse a la Salamanca de entonces; presenciar el animado cuadro de la Rúa, del barrio librero, hormigueando de estudiantes, con sus manteos y sus becas de varios colores; el interminable desfile de alumnos de tanto colegio, los Mayores, los de las Ordenes militares, los Menores, los Eclesiásticos, sin olvidar el de los Irlandeses, que se bañan en el Tormes, así en estío como en riguroso invierno. ¿Quién pudiera penetrar en las aulas, asistir a la tempestuosa lección del catedrático, no perder las escenas de aquella alegre y democrática confraternidad escolar, el modo de vivir de los diversos estudiantes, desde el opulento hijo de familia al humilde capigrón, que para aprender tiene que ponerse a servir; desde el galán de monjas al generoso a quien hacen tirar busconas y aventureras; y entre esta patulea batalladora, desahogada, de roja sangre, destacándose, los tunos y sopistas, de goliardesca memoria, dedicados a la rapina o sostenidos por la bazofia conventual, penetrados de la idea, anárquica que palpita en la literatura picaresca, ébrios de libertad, de travestura y de vagancia. Y ¡quién alcanzase aquella dichosa edad y aquel siglo bienhadado, los albores del XVI, en que, nos dice Regnier, se apodera de España una calentura de sabiduría, enfermidad que desgraciadamente se le ha pasado; reyes, magnates, prelados, rivalizan en fundar colegios y aulas; en cien años surgen en España veinte Universidades; el marqués de Denia aprende latín a los sesenta de su edad, y las damas arguyen en latín!

Así la mocedad que alborotaba y rondaba, se batía y corría aventuras, como la que silenciosa rompía codos de hábitos de bayeta, a la luz de los candiles que retostaba sus pestanas, oía la voz de los grandes maestros, y su voicinglería era la expansión moza del siglo viril, el de los teólogos, jurisperitos y escrutarios, el de los filósofos y los políglotas, que llevaron a Trento y esparcieron por Europa nuestro concepto del derecho, nuestros métodos de enseñanza y el vaho de incienso y mira de nuestro misticismo. Y la más española, la más libre y democrática de las Universidades es la de Salamanca, porque la de Alcalá, según el deseo de Cisneros, se organiza extranjerizada, a la francesa—*more parisiensi*.

Señores, es preciso insistir en ciertas verdades que sólo son vulgares de puro evidentes y contrastadas. No necesitáis echar mano del caudal de vuestra Ilustración: abrid sólo las puertas de vuestra sensibilidad, y percibid la elegíaca impresión de una colosal grandeza que fué, que duró muy poco y que pareo, no en trágico desastre, sino en marasmo consuntivo. ¿Cómo discutir siquiera el rápido hundimiento de nuestro poderío, no sólo político, sino mental? Digo un testigo irrecusable, nuestro extravagante y semi-brujo Torres Villarroel. «Sabia—escribe—que estaba en la tierra de los ciegos, porque padeció entonces la España una obscuridad tan afrentosa, que en estudio alguno, Colegio ni Universidad de sus ciudades había un nombre que pudiese encender un candil para buscar los elementos de las ciencias». Y refiriéndose a Salamanca, añade que era tal la desnudez y el silencio de la soberbia y anciana librería de la Universidad, que ni en sus andenes ni en sus rincones vio la rebañada de un globo, el aró de una esfera, el farrapo de una carta geográfica, la zanca de un compás.

Breve, sí, fué la preeminencia científica de Salamanca, la fiebre del saber; y nuestra intensa cultura, al morir, dejó sin base a nuestra conciencia nacional y religiosa, tan noble, tan fuerte; y al punto en que se divorciaron la inteligencia y el corazón, envueltos en aquella en formulismos vanos, mascarada de la pereza intelectual y del secreto excepticismo, que siempre tiene cimiento de ignorancia, achicado éste por mezquindades y recelos nimios, vino al suelo moralmente la patria, y aunque el enemigo no traspasó nuestras fronteras, fuimos súbditos. La sujeción de un pueblo se realiza acaso mejor que con la imposición violenta de las armas, con el escamoteo de su espíritu, con la captación de sus energías, con la falsificación de su ser. En la cantera honda de la raza subsistía el instinto de la defensa armada contra la invasión del suelo; pero había desaparecido el de resistencia cerebral; y la resistencia cerebral no se realiza por medio de diatribas contra el extranjero, ni aferrándose incondicionalmente a lo castizo; se resiste eligiendo, creando, trabajando, afirmando—se a sí mismo, que es el mayor género de independencia. Por eso, en sus gloriosos días, la Universidad de Salamanca, los Colegios, como el de San Esteban, hicieron tanto por la nacionalidad como los paladines y los héroes.

Cuando años hace fui a París, invitada por la Sociedad de Conferencias, a hablar de la España de ayer y la de hoy, llamé a la situación de nuestros espíritus después de nuestras desventuras, la muerte de una leyenda, y a esa leyenda la calificué de *Dorada*. La frase hizo fortuna, la leo frecuentemente en diarios, la escucho en conversaciones, y hasta espero que arraigue como modismo. Pero acaso no se interpretó del todo bien el sentido que le daba, y muchos supusieron que yo había negado la realidad objetiva de nuestros timbres y blasones nacionales, como si la leyenda pudiese cristalizar sin positiva armazón. Lo que yo lamentaba era que esa magnificencia del pasado, mal conocida, reducida a enumeración de combates, fuese vendida de nuestros ojos, excusa de nuestra inercia y arrullo de nuestra galbana. Eso me dolía, con dolor que no se me ha quitado. Pero negar lo que fué? Qué menos que en parte alguna. Si se negase aquí, las piedras de nuestros edificios, patinadas también por un sol que parece abermearlas con oro triunfal, se alzarían contra el blasfemo. Sin propósito de ganarme vuestra voluntad con el halago, porque la verdad transmana de la boca, diré que aquí estamos en plena leyenda áurea, ¡y qué leyenda! Al venir aquí se llena el espíritu de sonoridades; los ruidos de la batalla son grandiosos,

atronadores, pero sobre el estridente clamor de victoria y muerte que viene de los épicos cerros, predomina el otro de que os hablaba, de un proyectista, que aquí no fué ahogado por la intranquencia de los frailes, sino anegado por el contrario, por un fraile atendido; una voz que no decía que existiese un mundo nuevo, porque esa intuición profética nunca la tuvo el insigne navegante y pirata genovés, pero que anunciaba nuevas rutas, exagadas esperanzas en comarcas diamantinas, donde la fantasía enciende sus luminares, enflora sus encantados verjeles. El eco de esa voz se abre paso entre el rogeojado bullicio de las aulas, y cuando éste se aquieta, oímos suspensos aquel manso ruido que hace al contemplador olvidar ambiciones y amores, cetro y riquezas...

He aquí la prez de Salamanca. No son su mayor timbre ni las hazañas, ni el probado desprecio de la vida; antes aquí el aprecio de la vida, el ejercicio de la mente y el cultivo del arte poético, toman forma heroica y preparan a cumplir sin temor la jornada y a mirar cara a cara lo infinito. No templa menos el alma vuestro aire porque esté cargado de doctrina ni porque en él flote el olor silvestre de la poesía pastoril. Los Arapiles no están reñidos con el valle del Zurguén ni con el huerto de la Flecha.

¿Qué mucho, señores, si una ciudad cuya leyenda de oro reviste tales caracteres, una ciudad caracterizada por una institución docente rival de las de Oxford y París, ha parecido lugar adecuado, pese a dificultades prácticas, para soldar memorias y reedificar santuarios; y es milagro que surjan proyectos de congregar aquí, para apurar una gota última del enjuto seno maternal, a la juventud de naciones retoñadas del tronco de España en otros continentes? ¿Debe asombrarnos que la idea de una Universidad hispano-americana y salmantina sonría como sonrisas los planes de evasión y las esperanzas de libertad al prisionero, las quimeras de desquite al vencido? ¿Cabe sorpresa, si al recordar que esta Universidad y estos Institutos decentes estuvieron unidos a la vida de la patria por ligaduras orgánicas, y al compas de la patria medraron y desecacionaron, se ve en su restauración signo y figura de la nacional, y si propósitos tales sólo parecen irrealizables porque España no acaba de querer rehacerse, ni acierta a inspirarse en las palabras de bronce de vuestra vengadora doña María de Monroy, «no hay cosa más fuerte que el corazón del hombre, y éste queriendo, todo es suyo?»

No predicó innovaciones. Aquí, en nuestra raza, la tradición basta para resucitar. He asistido mil veces, en mi aldea, a plantar árboles. Si el plantón llevaba raíces sanas y lenguas, el jornalero auguraba buenas crederas al arbol joven. ¿Qué plantáramos en esta tierra ferruginosa, de Castilla, que no llevase raíces plélicas de juego? Raíces tienen, y chorreando savia, no sólo el estudio, no sólo la dedicación a la Musa consoladora de las amarguras de la realidad, sino otras fuerzas del alma, otros resortes del carácter: el heroísmo, el ascetismo, la contemplación, la resistencia, la firmeza, la humildad, la entereza, la resignación, el misticismo ardiente, el estoicismo impavidísimo... como testimonio de estas energías adormecidas, que pueden germinar y esparcir y volverse pan nutritivo, no compramos aquí la limpieza y austeridad de la vida y las costumbres, el sentido moral y familiar, el apego a la labor constante y mansa que abre surco y alza mansión? ¿No es cierto que al enumerar estas condiciones peculiares de Castilla y de sus casticismo, parece que no ya por obra de relación circunstancial, sino como evoca el retrato fiel la figura, creéis ver dibujarse el del poeta que acabáis de perder, y que en su entidad psicológica os representaba de tan cumplida manera?

Estudiar por qué estas fuerzas y cualidades duermen casi esterilizadas, qué maléficos influjos las neutralizan, requeriría un libro entero. Algunos se han escrito sobre el asunto, y en todos ellos hay rastros de luz y observaciones para meditaciones despacio. Mi amigo el Rector de esta Universidad, los Costa, los Sillio, los Macías, Picavea, los Alba, los Ganivet y otros escritores de sociología y de etnografía crítica y psicológica, sin hablar de los novelistas y costumbristas, aportaron datos para el esclarecimiento de este problema; y no os aconsejo que aceptéis sus tesis ni la mía, sino que veáis, en lo que, ante las enfermedades y desdichas patrias, nos hemos detenido meditabundos, doloridos o indignados, a unos españoles de conciencia. Sin que pensásemos lo mismo acaso nos hizo coincidir el sentimiento.

Que hayamos nacido aquí o allá, nuestra decadencia es una, una es nuestra tribulación; y la prueba más alta de sentido histórico, en vosotros los castellanos, es no haber presentado como en oposición y antagonismo lo inseparable, pese al capricho o la vanidad de las cabezas de ratón, desesperadas de no poder ser ni aún cola del león enfermo de languidez, y resueltas a desacuar al hermoso felino, en vez de intentar su remedio.

¿Qué sugestivo, hasta para los que nacimos en comarcas tan distintas de ésta, el suelo de Castilla! No es altiplano todo él: tiene sus reales; pero yo prefiero la llanada, quizás porque, sobre su tela sin límites, la memoria y la imaginación bordan y recaman prodigiosos labores: la primera, sin salir de lo conocido; la segunda, a imitación del hidalgo manchego, sobreponiendo la belleza de su fantástica creación a la desnudez de las apariencias. No ha menester, sin embargo, la imaginación esforzarse mucho para reconstruir aquí el ideal desvanecido, porque son sus colaboradores los monumentos, las costumbres, la raza, en la cual esa tradición—que no invoco contra los tiempos nuevos, sino que llamo, a título de comodona, para sacarlos felizmente a luz tras el período de gestación oscura—subsiste, difusa, impregnando todo. Perdura aquí la substancia y la virtualidad del pasado, y proezas y triunfos, bandos y comunidades, honduras de sabiduría y arranques magníficos de voluntad, se reconstruyen con sólo mirar atentamente estos lugares unguados del óleo sacrosanto de los recuerdos. Yo lo miro; con recogimiento y veneración. Fuera de la iglesia, se reza también.

Quien entre en Castilla con los sentidos encaprichados, preguntando por el castaño sombrero, por el arañón que canta bodas, por la palmera africana de melado fruto, por el haya añosa, por el fresco carbayón; quien pida a Castilla que se engalane con la cinta de azul terciopelo de las rías, ó con la verdosa, espumosa orla de los océanos; quien no sepa saborear la poesía inmanente de las castas soledades hondas y las grises lontananzas muertas, los interminables despoblados, la escueta línea de los horizontes, los calvos cerros, los madroñales y robledales de achaparrada vegetación, la encina del valle de Fuenmayor, arpa rúta—saldrá de Castilla renegando.—Porque el atractivo de esta tierra no está en la superficie, sino en la entraña: nace de adentro, y adentro vuelve; y por eso se dice, y hay que buzeal hasta dar con el sentido de estos dichos, en apariencias vulgares, que ésta es tierra de santos y de héroes, pues el heroísmo y la santi-

dad son las expresiones más acendradas y energías de la personalidad humana; y como no quiero servirme de la controvertida y mal entendida palabra *superhombre*, y como creo que los superhombres no van a ser, sino que ya fueron sólo diré que Castilla es, indistintamente; tierra de hombres. De hombres... y basta.

Observad este alto privilegio humano: el hombre vuelve, en cierto modo, a crear la naturaleza. No importa que Castilla sea grave y árida. No por eso dejará de suscitarse la idea de la hermosura. Ni la suscitará preferentemente en sus oasis, en las gayas sendas de Galiana, en las majestuosas arboledas versallescas de Aranjuez, en las márgenes finamente orladas de Juncia del Jarama y del Henares, en los pradillos de Esquivias, donde Cervantes quiso ser el pastor Ellicio, en los remansos pintorescos del Manzanares, en los otros próximos al Pardo, que la primavera viste, con la floración del castaño, de tapiz de granates pálidos sobre felpa verde. Mas que estas gentiles acturales, impresionan las sierras del Guadarrama, encapuzadas de nieve, ó el cuadro visto en los llanos de Castilla, al cruzar del tren, en ardorosa tarde de Julio: el sol incendiaba los campos todavía; la mies, acabada de segar, los alfombraba; y era una sábana infinita de oro rubio, salpicada de gotas de sangre y gotas de firmamento por las amapolas y los ancianos; y el hechizo de tanto fuego y tanto oro, y la mancha intensa del carro cargado de haces y del atezado jayán que guiaba las mulas, me sugerían: «esta hermosura la crean el sudor y la voluntad perseverante, resignada, del hombre, con la ayuda de Dios».

Cuando esta naturaleza sería, contenida, uniforme, se ilumina con cualquier incidente, una noria, una aceña, un rebano guardado por su Melampo vigilante,—se siente el indefinible halago que causa impensada sonrisa en el rostro macilento y adusto en un asceta, que lo transfigura.—Notemos que los poetas de estas regiones tildadas de áridas, son, en su mayoría, poetas bucólicos, contempladores apasionados de la naturaleza, y que la poesía pastoril ha situado aquí, y no en otra región española, su Arcadia.

No he de pararme a indagar lo que tenga de exacta y rigurosa la clasificación de las llamadas escuelas poéticas salmantinas, asociando personalidades y temperamentos artísticos muy diversos y aun contrarios; pero sí para unificarlos en lo posible buscase una nota, tendría que ser la frecuente, enamorada y ahincada contemplación de la naturaleza, expresada por cada cual en la forma y modo que las circunstancias imponen. Por cima de las clasificaciones, no siempre científicas; al través de los tiempos, que pasan imprimiendo carácter a la poesía, a los poetas, a los que les escuchan ó leen; descontando las variaciones del gusto, se diría que hay una fuente de inspiración común, un impulso que siguen fervorosamente todos. Por eso no tiene que sonar irreverente en nuestros oídos la comparación que se hace, la afinidad que se descubre, la filiación que ha querido establecerse de Fray Luis de León a Gabriel y Galán.

¿Cómo sería posible, al reconocer la influencia penetrante de esta naturaleza, su presencia real en la poesía; que no surgiese avasalladora, el alta figura, cuya visitación ni un momento abandona estos lugares; aquella que, suprimiendo en frase memorable, lapidaria, el tiempo transcurrido entre dos lecciones, pareció dictarnos a la vez la eterna recordación de lo que merece memoria, y el eterno olvido de lo que nada significa? No es fácil prescindir de nombrar a Fray Luis de León; pero en este culto a la vida campestre, que el Maestro cantó con tan elegante mezcla de epicureísmo pagano y melancolía cristiana; se le adelantó otro poeta bien distinto; nuestro Juan de la Encina. Juan de la Encina es una de esas fuentes ricas retozonas y parlaras, de donde toman origen y caudal anchos ríos: en él desputa nuestro teatro con su democrática amalgama de clases sociales, con su realismo en la pintura de las costumbres, con su mezcla de duquesas y villanos, hidalgos y bobos, predecesores de Sancho Panza, que es un tipo arrancado al fondo popular, y para crearlo le bastaría a Cervantes conocer los donaires rústicos de Lucas Fernández y Juan de la Encina, sus Brases, Giles, Miguelejos, Piernicuros y Rodrigachos, nombres que de una legua huelen a majada y a sierra, a labranza y pastoreo. Este fecundo precursor no sólo contiene en capullo nuestra dramática, sino la poesía bucólica, la cual, por más señas, le parecía cosa de poca monta y baladí, pues en una de sus églogas nos advierte que no creamos que toda su obra es pastoril, según algunos dicen, sino que a más se extendía su saber. Y, en efecto, Agustín de Rojas nos enteró de cómo los poetas dramáticos, en un principio escribieron farsas de pastores, con pellicos y zamarras por vestuario; pero que, refinada la aspiración y adelgazado el ingenio, introdujeron amores, damas, galanes, cintarazos; y al encumbrarse más aún, sacaron a plaza figuras graves de reyes y reinas.

Tal es la tiranía de las ideas sociales sobre la inspiración. Se han necesitado siglos para que, caminando río arriba, nos parezca preferible el olor a hierba sanjuanera y el sabor a recién ordenada leche de Juan de la Encina, cuando hace hablar charro a sus pastores ó sorprende cómicos aspectos de la vida estudiantil en el *Auto del Repelón*, y la grata frescura de los Pasos y Coloquios de Lope de Rueda, a muchas comedias de enredo, capa y espada; y hasta Juan de la Encina hemos de retroceder para saber de dónde procede la poesía bucólica de esta tierra, desde la culta y erudita, hasta la espontánea y popular. Así, en los albores del arte, encontramos siempre, como nutriz robusta, a la naturaleza, al sentimiento peculiar que en cada espíritu despierta esta gran madre.

Es sin duda tal sentimiento algo constante, que resiste a los cambios y transformaciones de la literatura. Suponed dos hombres tan diferentes como el preste Gonzalo de Berceo y el maestro Fray Luis de León; el humilde romanzador y el glar de la Edad Media, que se contenta con atribuir a sus poemas el valor de «un vaso de vinos, y el vate de alto vuelo, discípulo de Platón, el humanista del Renacimiento, que escuchó la armonía de las esferas y el concierto de los astros; y ese deleite puro, íntimo, esa revelación de lo arcano de la naturaleza, ese Edén interior donde sólo habitan los contempladores y ensañadores, hallaréis que, cuatro siglos antes de Fray Luis, habían sido residencia del poeta de la duodécima centuria, cuando nos lleva a reposar en aquel prado.

«verde é bien sencillo, de flores bien poblado, logar cobiciadero para un omne cansado», y en el cual

«daban olor sobeto las flores bien olientes, refrescaban en omne las caras é las mientes, manaban cada canto fuentes claras, corrientes en verano bien frías, en invierno calientes»;

«Avie grant abondo de buenas arboledas, mill granos é figuras, peros é mazanedas, é muchas otras frutas de diversas monedas, mas non avie ningunas podrias nin azedas. La verdura del prado, el olor de las flores,

las sombras de los árboles de temprados sabores, refrescaronme todo, é perdí los sudores; podrá vevir el omne con aquellos olores. Nunca trové en sieglo logar tan deleitoso, nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso; descargué mi ropiella por iaver más vicioso, poséme a la sombra de un arbor fermoso».

En esta poesía el habla hallase medio envuelta aún en sus pañales latinos; el martilleo y repetición de los rasgos descriptivos pertenece a la retórica del instinto, ingenua, infantil. Nadie negará que en el maestro León el idioma se muestra ya nervudo, fuerte, forjado, y que Fray Luis de León es además un artista excelso; pero hay en Berceo igual emoción ante el sublime espectáculo. Que Berceo viva en el siglo XVI, y dirá con mayor exquisiteo y finura:

«el aire el huerto orea y ofrece mil olores al sentido; los árboles menean...»

con lo demás que debe omitirse en signo de veneración, suponiendo que no lo ignora nadie.

Para que la analogía se complete, también Berceo, allende la natural hermosura, ve el signo y representación de belleza más alta, y con su unión piadosa de santo de portada románica nos lo comunica.

«Palabra es oscura, espenarla queremos; tolgamos la corteza, al meglio entremos; prendamoslo dentro, lo de fuera desecemos».

agregando aquí simbolismo de una romería en que todos somos romeros, y que es el vivir, y la aspiración mística, afanosa, al verdadero huerto primaveral, el de perpetua flor.

«Quanto aquí vivimos, en ajeno miramos; la fleasca durable, en su la esperamos; la nuestra romería, estonza la acabamos, cuando a paraiso las almas enviamos».

Este mismo anhelo, la intuición de otra perfecta vida por la serena contemplación de la naturaleza en la presente, es el ansia de Fray Luis, lo que dicta su *Canción a la morada del cielo, al alma región luciente, al prado de bendiciencia*; prado, como el de Gonzalo de Berceo, que no se marchita, que no conoce el hielo ni el agosto.

He querido recordar al viejo Berceo, porque su comparación con Fray Luis demuestra dos cosas: que el sentimiento se identifica sobre diferencias de tiempo y modo; y que cuando se une la forma selectísima al sentimiento, engendra verdadera, sublime poesía.

Para seguir la corriente que va de estos poetas de los siglos XII y XVII a Gabriel y Galán, no he menester, ni el espacio lo permite, estudiar detenidamente al autor de la *Noche serena*, ni explicar cuanto debió, a mi parecer, a los Autos de poetas tan olvidados como Pedro Altamira, ni menos aún mezclarme en las acaloradas contraversias que todavía hoy suscitaban sus escritos, sus opiniones y los hechos culminantes de su biografía. Bastame saber que fué amante contemplador de un paisaje salmantino, en el cual reflejó, como hoy diríamos, su estado de alma, y que en prosa y verso, en *Los nombres de Cristo* y en las *Cantiones*, ha impreso aquí una huella sentimental, imborrable y luminosa. Por él, en primer término, parece aquí la Naturaleza más compenetrada con el espíritu del hombre, que en ninguna otra región de España; esto se debe en gran parte a Fray Luis, como ahora se debe a Gabriel y Galán que resurja igual sentimiento con intensa dulzura y sereno vigor. No conozco el valle del Zurguén, tan ensalzado por los poetas pastoriles de la segunda escuela salmantina; no sé si estaba más en lo cierto el genial y extravate Piscator al calificar a ese arroyo visitado por las Musas de sucio y negro bórón del purísimo cristal del Tormes, y sus céspedes de pajizos; tampoco he visitado aún el retiro de La Flecha; pero sé que a uno y otro lugar vino en peregrinación mi fantasía mil veces, y que, sin pretensiones de que lo real se ajustase a lo soñado,—he supuesto a los poetas arcádicos convertidos en zagales estilo Vatteau, con peluquín empolvado y media de seda, afectados, disfrazos, todo cuanto queráis; pero al cabo continuadores, dentro de la estética de su tiempo, de la queja de Salicio y Demoroso y del arroyo de Fray Luis.

Muy pasados de moda están los pastores de chupa y cisaón; pero ninguna tendencia literaria comprenderíamos si no la situásemos históricamente. Antes de esta Arcadia, en la poesía reinaba el achatado prosaísmo, la chabacana trivialidad, un desate de baja y de ordinario que asombra, porque se deja tamañas a las crudezas ultranaturalistas. No busquemos en los arcades del siglo XVIII el sabor castellano genuino; no les exijamos que respeten la castiza realidad no les pidamos que tomen por materia poética a la monteraza, al galán, al ama, a los zancudos galgos, ni al chiquillo dormido en el regazo de la madre; para regresar a este ideal humano, se necesita que pase tiempo, que el poeta se recoja en sí mismo, mire desde sí mismo lo que le rodea; que se haya conquistado esa libertad franca del propio sentimiento, de que disfrutaron Berceo y Juan de la Encina, y que se pierda en las épocas de imitación y servilismo.

Cualquiera que sea nuestro juicio sobre los poetas de la Arcadia salmantina; cualquiera que sea el cambio de norte que haya sufrido nuestro gusto, no podemos desconocer que la aparición de esos rimadores pastoriles fué síntoma de aurora, signo del renacimiento que nos traen los primeros Borbones. La noche ha pasado; las hogueras se han extinguido; incubos y súcubos, brujas y duendes han desaparecido por la chimenea; los viles y míseros terrores se han evaporado como vaho de caldera infernal—cuando Butilo sale coronado de rosas y alheites, persi guiando a una mariposa, cantando un himno para avisarnos de que ahí viene, llevando el alb en sus risas y la miel en su lengua, la Zagaleja, la flor del Zurguén!

No negaremos que estos poetas carecen de la sensibilidad profunda y la sinceridad cristalina que es privilegio, por ejemplo, de Gabriel y Galán. No pudieron ser ni sentidos ni veraces, dado el divorcio entre su vida y la materia y asunto de su poesía. De los campos de esa Arcadia se ha dicho que huelen a ciudad; y de sus pastores, que van como el mayoral Jovino, en el mundo don

Gaspar Melchor de Jovellanos, tañendo el rabel con toga y pelucon de bucs; y de las matas de tomillo que brindan á nuestras sentidos ávidos de agrestes perfumes, que parecen ya cogidas por mano ajena y puestas en búcaro, no en la tierra brava, aireada y criadora. De Butilo sabemos que componía sus versos bucólicos en una estrecha calle de esta ciudad, donde todos los vecinos eran herreros, y no se oía sino golpear de martillos, ni se veía más que revuelo de chí-pas, por lo cual Meléndez Valdés le llamaba la caverna de los colopos. De Dalió, sabemos que fué en el claustro fray Diego González; que sin menoscabo de la limpieza de su pensamiento, sin infracción de su santa regla ni desdoro de su hábito, y sin que en aquellos tiempos, menos malignos que los presentes, se escandalizase nadie, anduvo quijotesca y honestamente prendado de dadas de carne y hueso, y las celebró bajo los nombres de Mirta y Melisa. Y este cándido pero auténtico devaneo del excelente y modesto fraile cantor del «muriólagos alevoso», nos prueba que bajo las ficciones pastoriles hay verdades sentimentales, y que en toda escuela literaria, lo ficticio es sin duda la forma, la retórica; pero que los efectos humanos se abren paso, rompiendo oropel y derribando bambalinas. Todo el que escribe ó rima, pone algo de sí en la obra; y aunque en períodos dados el gusto mande encubrir la verdad; tapan su espléndida desnudez con copia de cendales, sus líneas se oolubran bajo la tela.

Para demostrar que ante iguales espectáculos surgen análogos sentimientos, basta comparar dos poetas: la oda anacoretíca de Meléndez Valdés, *De mi vida en la aldea*, y el poema titulado *Las sementeras*, de Gabriel y Galán—uno de los mejores de su autor. Es el mismo impulso de alegría sana, igual sensación exquisita de calma y sosiego, la misma elevación del espíritu, la misma manera de echar el ancla y afianzarse en aquello para que indudablemente nació el hombre, que es la paz y la normalidad campestre, no la existencia agitada y vacía de los grandes centros. Nada tan interesante como comparar la impresión directa en la naturaleza en el Maestro León, en Meléndez Valdés, en Gabriel y Galán. El más aristocrático, el más artista y estético es el Maestro; el más razonador, el que más se dirige al entendimiento, y por lo mismo deriva hacia la prosa, es Meléndez Valdés; el más espontáneo, el que huele a terrón removido, es Gabriel y Galán. Su transporte ante la salida del sol, ante la mañana alondra que se alza del surco desgranando el sere,

«el de sus trinos... el copioso de sonantes perlas...» ante la junta de poderosos bueyes que entran en basana, ante la raja del arado que se hunde blandamente en el terruño; la doble esperanza de fecundidad que dilata su corazón y que expresa con orgullo bíblico de patriarca, son, y no puede hacer de *Las sementeras* mayor encomio, un caso de identificación del poeta con el tema poético que raras veces se presenta, y que engrandece singularmente la poesía. No diré que baste cantar lo que se siente; es preciso que el cantor posea el don divino de la forma, ó al menos el de la expresión apasionada y eficaz. Lo que sintió Gabriel y Galán al encontrarse, al amanecer, cuando principia a evaporarse el helado relente, solo, en compañía de la alondra, ante la escueta basana, infinitos hombres de su tierra lo han sentido, y claro ó confuso se alza en su interior ese himno religioso y viril; pero justamente el poeta es voz de los mudos, y por eso le aman los que, sin saberlo, cantan por su boca.

El temperamento de poetas como Gabriel y Galán es cpeusto a la impasibilidad parnasiana, a la famosa profesión de fe olímpica que prescribe no llorar ni reír nunca. Se convuene a una generación—al menos en poesía lírica—cuando la vida se desposa con el arte. Por haber divorciado a esta pareja, se perdió la interesante Arcadia salmantina en el siglo XVIII. Probablemente sus zagales ignorarían qué cosa sea la sementera, la siega, la arada; ninguno habría respirado con deleite el olor del templado establo y del ancho pajar. Su musa bucólica iba al campo de visita con zapatos de seda; pero la convivencia con los terrones no les parecía fuente de inspiración a los arcades. El uno, tímido, canijo, valetudinario, se encerró en su celda con el brasero y los inocentes madrigales a Mirta; el otro, militar, santiaguista, romántico envuelto en clasicismo—habréis reconocido a Cadalso,—pensaba en sus machos amores y caminaba, impulsado por el destino, a trágico y noble fin; aquél, entre dos églogas, luchaba para avanzar en la carrera de la magistratura (y los que hemos leído sus acusaciones fideales, sabemos el terrible penalista que se ocultaba bajo el pellico y el callado pastoril de Meléndez Valdés); y en cuanto al artífice platero y cura de aldea don José Iglesias de la Casa, que pudo conocer la vida «descansada», su vena era satírica, y no diremos, como sus contemporáneos, desvergonzada y viciosa. Del patriota y filólogo Cienfuegos nadie ignora que fué un pastor muy original, siempre enocerrado en la oficina, dedicado a redactar la *Gaceta* y el *Mercurio*. Y todos ellos, aunque no indiferentes a la belleza del paisaje, eran, cuando menos, rebeldes a la tierra, in-

constante, seguía la vida de la patria en todas sus manifestaciones. Apenas fue ron impresoras «Castellanas», ya las había saboreado; con «Extremenas» y «Campesinas» fueron mi lectura favorita, y en esos libros, aprendí a querer y admirar a Gabriel y Galán, cuya recitación y cuyas condiciones relevantes asomaban sin ambages en aquellas composiciones cantosas del terruño y de la paz, en aquellas poesías que destilan el ruidoso del campo, miedos de las columnas, brisas de las montañas, hogar, fé, alegría y una conciencia honrada sin mancha y sin temores.

Solo un amigo íntimo conoció mis impresiones. Figúrate mi alegría cuando aquel Jurado compuesto en su mayor parte de ilustraciones argentinas, después de revisar con toda escrupulosidad más de 400 poesías fijó su mirada escudriñadora en el «Canto al Trabajo» y «A la Montaña», votando unánimemente el premio de honor a la primera, después de leída admirablemente por el sabio doctor don Lorenzo Anadón, una de las más brillantes personalidades de aquel país y un fervoroso amante de España, al que envío desde aquí el más cariñoso saludo.

Continué guardando silencio por más duro que me fuese y cuando en la hermosa noche del 22 de Octubre último el presidente proclamaba entre aplausos atronadores el nombre de Gabriel y Galán, cuando un público tan inteligente como numeroso entonaba vítores al «Canto al Trabajo» y a «La Montaña», mis ojos estaban arrasados en llanto, mi corazón latía con violencia y por maravillosa ilusión de los sentidos parecíame ver en aquellos momentos la modesta casa del Guijo, aquella familia amable y feliz, aquel alma de poeta que derramaba en «El Ama», torrentes de ternura, que desbordaba de cariño y de fé en «El Cristu Benditu» que subía a las cumbres del arte con «El Regreso» y a «La Montaña» y que entonaba himnos grandilocuentes en honor del trabajo salvador del mundo, el que nos eleva, nos engrandece y nos fortifica y al que podemos decir con el poeta:

«Tú el creador del segundo bien te puedes llamar del mundo entero».

Algunos días más tarde se abrían los salones de la «Patriótica» para reunir a los jurados y organizadores del torneo y para dar lectura a varias poesías del laureado vate; tuve el honor de leer «El Ama» y «Mi Montaña», y os juro que procuré identificarme con el poeta, trasmitiendo a mis oyentes el entusiasmo que me embargaba.

Perdonadme esta deshilvanada reseña, pero como no voy a hacer discursos, solo quiero ser el eco fiel de cuanto ocurrió en aquella fiesta y justificar mi presencia en este sitio.

Podí el honoroso encargo de ser el portador de los premios, y soñaba con entregarlos en persona al afortunado autor, pensaba buscarlo, invitarlo a que viniera a Andalucía y prepararle en Sevilla una fiesta en su honor. ¡Oh tristeza de la vida! En Canarias, cuando me acercaba a la patria, cuando mis alegrías parecían no tener límite, fijé mis ojos en unos periódicos buscados con afán y creí soñar al leer la muerte dolorosa de Gabriel y Galán, no me parecía posible; juzgaba que era un error de nombre, pero pronto tuve que rendirme a la dolorosa evidencia. La noticia cundió enseguida por todo el buque; los que conocían al poeta lloraron conmigo; a los que no había llegado el nombre del vate, se lo hice conocer.

La tarde estaba triste, el cielo gris, el viento soplabo como si gimiese y yo creía escuchar en un solo mágico ruido los vivos y los aplausos de Buenos Aires y los suspiros de dolor de España; los gritos de entusiasmo de los admiradores proclamando al vencedor y los lamentos de una familia infeliz llorando al vencido de la vida.

Después he recibido de América cartas y periódicos con verdaderos acentos de dolor y el eminente poeta argentino Doctor Calixto Oyuela prepara una conferencia para analizar y ensalzar la obra de Gabriel y Galán.

Yo he pedido venir a este acto, yo he querido ser el portador de esos recuerdos de triunfos, yo he anhelado traer el sincero contingente de mi dolor a esta velada yo quiero dar gracias a los iniciadores, a los amigos del poeta, al pueblo salmantino, y decirles con mi tosea palabra, pero con la sinceridad de mi alma, que el recuerdo de esta noche y de vuestras atenciones vivirá en mí con tal fuerza que formará época en mi ya larga vida.

Y no podéis formaros idea los que no habeis vivido lo muchos años fuera de la patria lo que ella significa y representa, como se agranda para el corazón y la mente, como se la ve, como se la adora, como se sigue su marcha ya en sus grandezas ya en sus declinamiento y como se llega hasta el último límite del sacrificio.

El mar, con todos sus estruendos y sus inmensidades, ni acalla nuestros gritos de amor, ni es barrera para nuestros afectos; las olas al encontrarse, se van transmitiendo las unas a las otras nuestros afectos, y vienen dulces y sumisas a depositarlos en las rocas y en las playas de nuestras costas; las aves marinas son mensajeras de nuestras tristezas y alegrías; las brisas, como las

olas, son conductoras de las expansiones del corazón, telégrafos vivientes de recuerdos y esperanzas, que el amor patrio es árbol coosal cuyas raíces no tienen fin, y cuya copa, frondosa y de hojas perennes, se extiende desde el suelo extraño en que habitamos, hasta el de nuestra patria, hasta el rincón de nuestra aldea, donde viven inolvidables los recuerdos de la infancia, y donde descansan los restos adorados de nuestros mayores.

Cuando en tierra extraña surge ante nosotros la figura radiante de la Madre, la rodeamos de todos los esplendores, y para amirla, para reverenciarla, para hacerla respetar, no hay opiniones que nos dividan, ni diferencias de clases, ni jerarquías, ni sacrificio que no se intente, ni pesimismo que invada el alma. Las glorias nos enorgullecen, las desgracias nos entristecen sin abatirnos, el resurgimiento nos parece cosa fácil. Allí con verdadero desinterés, con amor a hijos y de hermanos, sólo tenemos una idea fija, la honra y esplendor de la patria.

Cuando levanta sus vuelos como águila caudal un poeta de la altura de Gabriel y Galán lo hacemos nuestro en el acto y le entregamos el alma porque ama como nosotros a la madre reverenciada, porque la dignifica y la ensalza, porque canta lo que ella tiene de noble y de grande, que en aquellas largas noches del destierro, por voluntario que éste sea, sentimos al adormecernos ru mor de alas y parémosnos recibir sobre nuestras frentes el beso de la madre apasionada que suspira y nos llama. ¡Oh dulce recompensa a nuestros afanes! ¡Oh maravilloso poder del amor patrio!

Yo consideraré como los días más grandes de mi vida, aquellos en que las explosiones del patriotismo no tenían fin en aquella hermosa tierra argentina, en que el pobre se quitaba de la boca el pedazo de pan ganado con angustias y sudores; en que el industrial aplicaba el fruto de su trabajo a la construcción del «Río de la Plata»; en que el rico abría espléndidamente las llaves de sus aros y entregaba puñados de oro sin contarle; en que los argentinos sentían con nosotros y nos admiraban por nuestra unión y nuestros esfuerzos. Entre nosotros no había política, ni recelos, ni ambiciones, ni envidias, ni prejuicios; sólo había miles de hijos para dar, milos de bocas para bendecir y un solo corazón para amar.

De muy diversa índole, pero muy hermosa de entusiasmos ha sido la gran fiesta de los Juegos Florales, y ella ha hecho aumentar en América nuestro prestigio y nuestra fuerza; el nombre de Gabriel y Galán y su «Canto al Trabajo», ese magnífico llamamiento a las fuerzas vivas del hombre, han sido lazos indestructibles de unión, y han venido a robustecer la confraternidad con vínculos que no podrán romperse.

Desde esta histórica y monumental ciudad, gloria del arte y fuente de recuerdos imperecederos, envío la expresión de mi afecto y mi gratitud a aquella privilegiada tierra argentina, que tiene tan alta misión que llenar en el porvenir del mundo, país donde el cielo y el suelo rivalizan en galas y primores, donde el trabajo encuentra aplicación productora y constante, donde existen ríos, que son mares, pampas que son océanos de tierra, bosques que el sol medroso apenas alumbraba, donde son conocidos todos los climas y el subsuelo espera ansioso la mano del hombre que lo trastorne y saque a la luz.

Salud a aquel país de la libertad que no tiene otro enemigo que su mismo exagerado desarrollo. Niño grande y precoz, necesita algún freno y cuando muy en breve entre en la edad viril asombrará por los elementos que lo forman y el porvenir que le está reservado; hacia él deben volar nuestras aspiraciones, con él debemos establecer verdaderos lazos fraternales y cambiar con constancia y sin desfallecimientos no solo productos materiales y comerciales sino los frutos del ingenio, verdaderas corrientes intelectuales; nosotros daremos nuestra historia y nuestra experiencia, ellos refrescarán nuestra sangre con nueva savia y con los esplendores de la juventud.

No voy a hablarlos de Gabriel y Galán como poeta ni a analizar su obra; el trabajo sería superior a mis fuerzas y si lo intentara resultaría pálido y hasta risible en comparación de lo que ha dicho el señor Unamuno y lo que va a decir la señora Pardo Bazán; yo solo agradeceré que el «Canto al Trabajo» signifique un progreso en el laureado vate; hay en la poesía más sobriedad y menos imágenes que en sus composiciones anteriores, hay más pensamiento en el fondo y la intención es más alta; ya en ella, el poeta no canta solamente el campo, ni el amor, ni el hogar; su musa trueno y lanza rayos contra el egoísmo y la inercia, g orifica al trabajo como fuente de vida, y hay explosiones en sus versos dignas de la épica. Oid algunas estrofas, quisiera decirlas todas, pero no he de hacerme molesto, que harto abusé de vuestra benevolencia.

Después de estas estrofas todo juicio crítico es inútil, que Galán él encontrado con sus viriles acentos, mata todo conato de pequenez é impide juzgar con

frío razonamiento la obra de la fé y del entusiasmo.

Llegó el momento más hermoso y más triste de mi misión, el de dirigirme a la familia del poeta a su amante esposa a sus tiernos hijos a sus hermanos y deudos a sus amigos del alma; he de entregar a los premios conquistados en buena lid y p ácoeme hacerlo en sesión pública, en esta culta y hermosa ciudad de Salamanca cuyos nobes hijos conservan las honrosas tradiciones del pasado y renuevan sin cesar aquellos lauros, ante esta numerosa y selecta concurrencia ávida de rendir el homenaje debido de respeto y admiración a la memoria del que no veremos más; así el recuerdo será más duradero y el homenaje mas vivo; hubiera sido preferible que otro con más condiciones realizara este acto, pero yo os aseguro, que siendo el último de todos, ninguno me aventaja en sinceridad de expresión ni en entusiasmo por las glorias literarias de España reverdecidas por Gabriel y Galán.

Recibid, herederos de gran poeta, de ese espíritu tierno y culto, que vivió soñando con el cielo, donde habrá recibido el premio a sus virtudes, recibid de mis trémulas manos esa pancha de oro y plata que la Asociación Patriótica Española os envía, y ese rejé valioso, don del Centro Católico de Buenos Aires, sociedad cultísima y patriótica hasta el último límite; conservadlos como memoria la más hermosa de aquel padre que va la más como hombre que como poeta y con esto el elogio no puede llegar a grado más alto; tened siempre fijas en vuestras mentes los méritos que lo avaloraban, continuad como é siendo creyentes y anhelando mundos mejores; nada hay tan grande ni que evante tanto a «morta», como la fé y sus reprobadores; no olvidéis que él cantaba lo digno, lo elevado, que su estro poético no bajaba al cieno de la vida. «El Trabajo», «La Montaña», «El Atlántico», son las obras que é vivió al concurso donde fue premiado, y esos títulos os indican bien claro la fudo e de sus anhelos; «El Trabajo», a altura, a inmensidad, siempre arriba, siempre en la cúspide, siempre en lo diestral, jamás ni en lo pequeño, ni en lo rastrero. Pocas veces podrá decirse como ahora que vemos premiado a un poeta, que al mismo tiempo era un hombre.

Hijos de Gabriel y Galán, con vosotros ¡loro! A vosotros tiende mi mano amiga que trae milares de manos de españoles ausentes; pedid a vuestro padre que os proteja siempre, para que sigáis su ejemplo y pueda decirse en años venideros: ¡Bendita raza la de Gabriel y Galán! Sus hijos fueron continuadores de su obra y no han descendido de é e vado sitio a donde los llevó el poeta. Vea ésta desde las alturas a esta patria regenerada por el esfuerzo, el patriotismo, y la unión de sus hijos, ocupando el puesto que le corresponde en el mundo moderno. ¡A dónde no iríamos si a voluntad del bien imperase y si hubiera muchos españoles, tan fuertes y tan sanos de alma, como Gabriel y Galán!

Musa del dolor y de la poesía, cubre tu lira de funebres crepúsculos, uno de tus hijos más ínstres ha muerto, enmudece tú, agobiada por el pesar y lleva en lo futuro por los ámbitos del mundo, el nombre glorioso y venerando del cantor del Trabajo!

El señor Obispo Al comenzar a hablar el Padre Valdés el público se pone de pié y el nuevo Obispo dice que sólo porque va a decir palabras de S. M. el Rey, consiente que le escuchén en aquella forma.

Estaba ya nombrado Obispo de esta diócesis—dijo el Padre Valdés— cuando murió Gabriel y Galán, y yo, deseando hacer por el poeta muerto algo que pudiera parecer continuación de lo hecho por mi antecesor el Padre Cámara, acudí a quien pudiera ayudarme y cuando hace pocos días salí de Madrid, os re cordar lo dicho a Alfonso XIII y tuve la satisfacción de que me dijera que si alguno de los hijos de Galán revelaba condiciones para las carreras literarias, él estaba dispuesto a costearle la que eligiera.

Después de esto el Padre Valdés hizo un vivo elogio de Galán, calificándole de poeta eminentemente religioso y católico, que hacia vibrar las más delicadas fibras del alma.

Las sencillas frases del Prelado, dichas con unión evangélica, fueron aplaudidas con entusiasmo.

El Alcalde El señor Díez dijo que el haberse sentido repentinamente enfermo el señor Alba, presidente de la comisión organizadora, le obligaba a hacer uso de la palabra.

He visto—decía el señor Díez—que habeis oído con mucho gusto el profundo discurso del señor Unamuno, así como las hermosas poesías perfectamente leídas del malogrado Galán y os doy las gracias por ello y con esto debiera terminar.

No quiero, sin embargo, dejar de hablar sin dar las gracias a la ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazán, gloria de la literatura española, al noble caballero Conde de Casa Segovia, que sin reparar en sacrificios, ha venido a traernos un abrazo de nuestros hermanos de América y a honrar el genio de nuestro poeta.

Los españoles que viven en la República Argentina gozan con nuestras alegrías y sufren con nuestras penas y yo quiero en este momento decir al señor Conde de Casa Segovia que les ha presente nuestra sincera simpatía, tan sincera la que como ellos sienten por España.

El señor Díez terminó dando las gracias al señor Conde en nombre de la viuda del poeta y de Salamanca entera.

SEGUNDA PARTE Comienza con «El poema del Gañán», leído admirablemente por don Valentín Gamazo, representante de Madrid.

Los temas de tan sublime composición fueron cantados por los señores Larrarte y Corbo, acompañados al armonium por el señor Ledesma.

Este ha adoptado a la letra una música tan adecuada como sencilla, y demostrado una vez más que es un consumado artista.

Los señores Larrarte y Corbo cantaron admirablemente.

A todos se les aplaudió mucho.

Don José Samaniego, de Valladolid, leyó después, de modo magistral, «Pecundidad».

El hermano del poeta La presencia de nuestro amigo Bal domero Gabriel y Galán es saludada con una larga y entusiasta ovación.

El público premia en él con sus aplausos y pruebas de adhesión, la genial labor de José María G. Galán.

La poesía «Las Repúblicas», que Bal mero leyó con entonación y ternura incomparables, es una composición tiernísima, inspirada como pocas y en la que el autor puso todo, el fuego de su estro maravilloso.

Describe en ella el trabajo de las hormigas y de las abejas, pinta como él sabía hacerlo, la paz hermosa de nuestros campos por los que marchan los rebaños y termina con estrofas sincerísimas proclamando que de todas las repúblicas, la de la vida es la peor.

A continuación publicamos íntegro el discurso de la señora Pardo Bazán.

Para cuantos anoche tuvieron el gusto de oír a la excelsa escritora, nada nuevo decimos al afirmar que su oración resultó verdaderamente admirable.

Desde el instante en que con voz segura y varonil comenzó la lectura de sus cuartillas, hasta el momento en que terminó, la atención del público no decayó ni un solo momento, exteriorizando su entusiasmo con repetidas salvas de aplausos que al final se convirtieron en estruendosas ovaciones.

Realmente los aplausos eran merecidísimos y no puede decirse que fueran inspirados por la cortesía.

El estudio de la obra de Galán y de su significación en la literatura contemporánea, la pintura de los campos salmantinos y de la vida escolar que se hacia en nuestra patria en siglos pasados, estaban diciendo bien claro que procedían de la renombrada pluma de la ilustre novelista, honra de las letras españolas.

DISCURSO

LEÍDO EN LA

VELADA QUE CONSAGRÓ LA CIUDAD DE SALAMANCA

A LA MEMORIA DEL POETA

Jose Maria Gabriel y Galán

POR

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

SEÑORAS, SEÑORES:

El favor que os debo al haberos acordado de mí para asociarme a vuestros amores y admiraciones, a nuestro duelo por la temprana muerte de un hijo de bendición, me manda empezar por cláusulas de reconocimiento, rogando que en esta hora déis por borradas y suprimidas las diferencias de solar regional ante el alta comunidad de patria, y me aceptéis y reconozcáis, siquiera temporalmente, por algo propio, como a persona a quien no os aproximáis solamente un azar literario, sino ya os aproximaba secretamente mi simpatía hacia el núcleo de la nacionalidad, que es la tierra castellana; simpatía profesada antes de que me llamasen aquí bondades inmerecidas y desventuradas imposibles de prever.

No atribuyáis lo que ahora diga a ese deseo de acariciar el alma de los que escuchan, en quien usa de la palabra, disculpable. Confieso que me atrajo a esta velada la persuasión de que responde a pena verdadera, colectiva; a entusiasmo no facticio. Hay en vuestro dolor por la pérdida de un poeta nacido en vuestro suelo, embebido en vuestros quereres y sentirs, algo que satisface mi afán de descubrir indicios de vitalidad, y de una vitalidad ennoblecida por el desinterés, por la comunión social de los afectos más puros. ¿Qué pierde una comarca al desahucarse el artista que la comprende y traduce? Pierde algo espiritual; algo que no se mide ni se tasa, un fragmento de infinito. Por lo demás, ni el trigo ni el ganado bajan de precio cuando un poeta fenecce, cuando enmudece un ave cantora; los impuestos no alujan ni aprietan; no se interrumpe el funcionalismo político, no se cierra una tienda, no se retora un camino vecinal. Con el poeta no se extingue industria, ni se agota mina, ni se desengarra la cadena de bienes y males de preocupaciones y gozes cotidianos. Y, sin embargo, con instinto admirable los sencillos y humildes, con lucida conciencia los superiores é inteligentes, habeis hecho fondo común de esta pena espiritual, y según noticias que han llegado a mí, labradores y señores andan en esto compenetrados, según conviene andar en lo que atañe a todos, porque la poesía de Galán es de las que atan lazos, reconcilian y funden antagonismos, en la comunión de sus temas y el amplia humanidad de sus acentos.

Late también en el recuerdo caluroso y vivaz que consagráis a un poeta—y permitidme que analice estos fenómenos del corazón—la queja de una comarca que se cree injustamente olvidada ó desestimada, y que bajo el lento desgaste de la indiferencia, peor que el odio, se retuerce gritando que no solo existe, sino que es dignísima de existir. Con motivo de la velada que Valladolid consagró al mismo que hoy conmemoramos, he leído en los diarios, reiteradamente, párrafos de protesta. Castilla se juzga tenida en menos; Castilla pide que se justiprecien sus glorias. A esto ha llegado Castilla, la Castilla asombro del mundo, por vicisitudes históricas y fatalidades ó yerros, que de todo habrá; a esto ha llegado, encarnando en su decadencia la de España, á quien representa eminentemente, y á quien imprimió dirección y señaló rumbo en los días fulgurados de nuestra hegemonía. Para mí, nacida y criada en tierra gallega, resuena extrañamente la queja castellana. Suponia yo que tal lamenta era cosa peculiar de mi país, una forma de su morriña. Dentro de la patria, creíase no solo postergada Galicia, sino—y con fundamento—escarnecida cruelmente. Desde el siglo xvii, Cervantes, reflejando, con su habitual fidelidad de espejo, ideas al uso, y refliciendo, por cierto, lo que la turba estudiantil que se congregaba en los claustros de esta Universidad, nos dijo que de los gallegos no hay que hacer cuenta, porque «no son al galguen»; y don Luis de Góngora y Argote remachó el clavo en venenosa letrilla, que empieza así:

«Oh montañas de Galicia
cuya, por decir verdad,
espesura es su cuedad,
cuya maleza es malicia».

Y sin embargo, Galicia poseía un tesoro de prestigiosos recuerdos; había sido en la Edad Media, por las peregrinaciones, emporio de cultura y arte, y había congregado a las naciones del orbe entonces conocido bajo las bóvedas de su templo, donde la obra más bella del arte cristiano lucía sus intensos colores; hoy borrados casi, como signo de que también la gloria empalidece y se desdora al roce de las seculares ruedas del tiempo. En esa comarca, en la cual paró el autor de la «Via Etnológica», si Cervantes la escribió en efecto, los hombres «no eran alguien», y á la cual después, en el instante de la postración completa del arte español en todas sus manifestaciones, un poetaastro castellano llamado de España malador, «rincón del mundo», había nacido quizás, y de seguro desplegado sus alas de ensueño, matizadas de azul, la poesía trovadoresca, la espuma de los declares y cantares; y de los linajes de Galicia habían salido conquistadores y repobladores para todo el solar de las Castillas y Andalucías; y por eso, al sentar el pié en vuestra ciudad, pienso que en ella me hablan de lo pasado lejanas consanguinidades, que añaden vínculos a los recientes de gratitud.

A esa luz inexorable tenemos que inclinarnos. Cuanta luz hemos recogido del sol en nuestras pupilas no cierra el paso a la noche; cuantas grandezas cataloga el ayer no evitan las menguas presentes. Lo que su cedió se nos va de entre los dedos, porque hay en nosotros descuido en cultivar la tradición, en regar con agua corriente sus duras y viejas raíces.

Se ha afirmado que nos pierde el desviarnos del sentido de la vida moderna europea; debiera añadirse que este desvío va unido al de la tradición, y que somos—pese a las apariencias—el pueblo menos tradicionalista. Ocurre en esto lo que en los idiomas notan los filólogos, y es que ciertas tribus aisladas, atrasadísimas, cambian de idioma cada cien años, hasta el punto de no comprender los nietos la lengua que hablaron los abuelos; de ser ininteligibles los ancianos para los mozos, mientras los pueblos adelantados en las vías de la civilización dan a las lenguas firmeza y solidez. Nosotros, tanto como caminar hacia adelante, necesitamos volver la vista atrás; reanudar el hilo roto, pero reanudarlo con interés, no con vano ritualismo que solo conserve la cáscara marchita y podre, y arrincone lo entrañable, lo que es levedad activa y fondo de solera añeja que envergadura el recién fermentado vino.

No es ajena al asunto que tratamos esta tesis del culto amoroso que debiéramos tributar a la tradición, no como forma vacía, sino como vital esencia. Nos reunimos aquí para consagrar a un poeta, para ensalzar su obra; somos en este momento para el anticipo de la posteridad y de la inmortalidad. Reciente está su desaparición; dura todavía la emoción que produjo su tránsito; que se dijera presentado en sus versos; nadie ha olvidado su corta biografía; tiene aún este suceso, recordado por el homenaje que estamos tributándole, honores de actualidad conmemoradora. Pero á medida que vayan corriendo las manecillas del reloj; que arranquemos á puñados con las hojas del calendario meses y años del vivir; palidécera la imagen; y poco á poco Gabriel y Galán irá resaca en la cohorte de los insignes olvidados. No os subleve lo que anuncio. Entre las tradiciones españolas, la literaria es de las que total é irremisiblemente ven secarse sus ramas, acorcharse su tronco. No suponáis que el próximo Centenario del Quijote desmiente mi afirmación; tan categórica como entristecida. Examinad bien ese inimitable episodio de la vida nacional, y veréis que confirma mi aserto. El Quijote es, sin duda, de los productos de nuestra mentalidad; el que más ha irradiado; pero es también uno de los recursos de que España se ha valido para relegar al polvo de los estantes el resto del tesoro literario, y dejarlo allí intacto y quieto, dado en usufruto á la carcoma. Con alardes de admiración al Quijote se ha cononestado el absoluto abandono de los caldeados y amantes místicos, de los sabrosos moralistas, de los discretos románticos, de los románticos y pensadores dramaturgos; á quienes, cuando salen por unas horas á la luz de las candelas, se oyen sin escucharles. Del Quijote mismo no son tan numerosos los lectores y conocedores como los encomiastas rutinarios. Hay cervantistas fervientes, hay comentaristas del último volquible del inmortal libro, contadores de sus virgulas, discutiendo de sus acentos y variantes menudas; pero ¿dónde encontraríamos la generación empapada de ese libro genial, ni de otros libros que debieran ser sal de nuestro pan diario y tóntano de nuestros huesos? Cualquier estudiante alemán ó inglés se sabe de memoria sus clásicos, su Goethe, su Shakespeare, y tendría por arfenta que se le sorprendiese ayuno de poetas, novelistas, historiadors, trágicos y humoristas. Y aquí, en esta nación donde por las tradiciones se ha ensangrentado el suelo y se han dividido las conciencias hasta el fratricidio, se cuentan los lectores de nuestros ingenios tradicionales, y aquel inmenso río de sentimiento y de pasión, de pensamiento y de ahinada sutileza de estilo, de la mística, del teatro, de la filosofía, parece haberse sumido, como el Guadiana en sus célebres ojos, dejando árido el cauce.

Si; tan muerta está como las restantes la